
JOVENES BARBAROS
VIENA
LEPANTO
EUROPA
CONTRA EL
IMPERIO
OTOMANO

EDITORIAL

Es curioso lo poco que han cambiado desde hace siglos los problemas de Europa. En el Mediterráneo los enemigos siguen siendo los mismos. Marruecos, antaño base de piratas y hoy de pateras, y Turquía tratando de penetrar en Europa central, antaño una gran potencia musulmana, ahora aliada de los Estados Unidos, pero no por ello menos peligrosa para la integridad de nuestra cultura europea. Lo que sí ha cambiado, y normalmente para mal, ha sido nuestra capacidad de resistencia. Abrimos puertas en nombre del comercio donde antes las cerrábamos en nombre de la fe. Rendimos plazas que fueron invencibles. Y eso es malo pero peor aún son esos que se dicen camaradas y son embargo buscan aliados para esta lucha en los sitios más improbables, y en nombre de la desconfianza ante un enemigo varias veces secular tratan de apoyarse en Israel o en la derecha sionista.

Compartir un enemigo no basta para compartir una causa. Defender Europa, recordar los hechos heroicos de los defensores de Europa, es parte de nuestra causa. Pero no podemos ni debemos hacerlo en compañías que nos avergüencen, no con aliados que tratan de aprovecharse de nuestra buena fe para que les hagamos la parte sucia y peligrosa del combate. Rechazar el Islam en Europa no significa justificar la humillación y opresión de los musulmanes en sus propios países, por parte del imperialismo sionista. Estar en contra de las mezquitas en Europa no significa estar a favor de las sinagogas en Palestina, Recordar la existencia de un viejo enemigo no significa que debamos aceptar a sus otros enemigos como amigos. EL ENEMIGO DE MI ENEMIGO NO ES NECESARIAMENTE MI AMIGO… Y A VECES, COMO EN EL CASO DE USRAEL PUEDE SER EN MUCHAS OCASIONES EL PEOR DE LOS ENEMIGOS POSIBLES.

P Permanezcamos europeos. Sigamos siendo leales a nuestra estirpe y tengamos en cuenta que incluso hoy los dos países musulmanes que más amenazan a España y Europa no son aquellos mandados por auténticos musulmanes, sino aquellos que más cerca están de la órbita norteamericana: Marruecos, lacayo de Estados Unidos, y Turquía, único país musulmán que ha apoyado históricamente a Israel.

EUROPA CONTRA EL IMPERIO OTOMANO

A partir del siglo XVI -y durante más de doscientos años-, dos imperios poderosos chocarían en Centroeuropa por el control del Danubio: el Imperio austríaco de los Habsburgo, representando a Europa, y el Imperio Otomano, representantando a la vez a Asia y el Islam. Viena fue uno de los principales escenarios del choque entre estos dos titanes, y sufrió en dos ocasiones el asedio del ejército turco.

PRIMER SITIO DE VIENA

El primer sitio de Viena, en 1529, marcó el apogeo de la invasión otomana de Europa central por las tropas turcas mandadas por el sultán Süleiman I, llamado el Magnífico, que acababa de conquistar Hungría (en la batalla de Mohács, 1526)



Graf Nicholas zu Salm-Reifferscheidt

Nicolás, Conde de Salm (Vielsalm, 1459 - Salmhof, 1530), fue uno de los generales más destacados del Sacro Imperio Romano Germánico. Su mayor éxito fue la defensa de Viena durante el primer asedio turco.

A los 17 años participó en la Batalla de Morat, contra Carlos el Temerario de Borgoña. En 1488 luchó en Flandes y fue nombrado coronel imperial tres años después.

En 1509, formaba parte de las tropas imperiales en Italia, bajo el mando de Georg von Frundsberg, y participó en la conquista de Istria. Participó también en la Batalla de Pavía.

En 1529, a pesar de tener ya 70 años le fue encomendada la defensa de Viena. Fue herido al final de ese sitio y murió, victorioso, algunos meses después.

GRAF SALM

CONTRA TORRENTEM

TREU BIS IN DEN TOD

La aventura vienesa de Süleiman comenzó el verano de 1526, cuando conquistó Buda, parte de la actual Budapest, y colocó a Hungría bajo su dominio, dejando al frente de la misma a un líder títere, Juan Zapolya, gobernador cristiano de Transilvania, como rey tributario de Hungría. Fernando de Austria, hermano del Emperador Carlos I de España, disputó ese nombramiento. En 1528, mientras Süleiman estaba combatiendo en Persia, algunos nobles húngaros, fieles a su fe y a Fernando de Austria, se alzaron contra los turcos y sus títeres, y Süleiman decidió regresar a Europa para aplastar esta vez al Imperio de la Casa de Austria. Fue animado a ello por Francisco I de Francia, que deseaba vengarse de las derrotas sufridas frente a Carlos V, y había decidido que debilitar, tal vez incluso destruir a la cristiandad en Europa Central, valía la pena si a cambio su país pasaba a ser el más importante en lo que quedase de la Europa occidental.

Contra Torrentem
Contra la inundación.
Nicolás, Conde Salm fue una muralla viviente e incluso hoy una unidad del ejército austriaco lleva su nombre.

El Sitio de Viena, en 1529, fue el primer intento del Imperio Otomano de capturar la ciudad de Viena, y con ello avanzar en pos de la conquista de la Europa Occidental y de expandir el imperio turco a su máxima expresión.

Las demandas territoriales del archiduque Fernando de Austria, elegido rey de Hungría después de la muerte de su cuñado Luis II en la batalla de Mohács en 1526, fueron el pretexto para una invasión turca en el otoño de 1529. El 27 de septiembre de ese año, las tropas otomanas iniciaron el asedio de Viena, capital del Archiducado de Austria. Se desconoce con precisión el número de ellas, y las estimaciones van de 90.000 a 120.000 soldados regulares, a los que se les habrían unido las-

tropas de los reyes vasallos del turco en los Balcanes, las guarniciones turcas que se encontraban en el camido del invasor y hasta soldados húngaros. Algunos estimados del total de los seguidores de Suleiman colocan el ejército en un total de 350.000 soldados.

A pesar de contar con una fuerza superior en número, ya la marcha a la capital austriaca fue muy dificultosa para las fuerzas de Sulimán I, debido al duro clima que les acompañó desde el inicio de la campaña, el 10 de mayo de 1529, hasta su arribada a las murallas de Viena, a finales de septiembre. Aquel fue el año más húmedo en mucho tiempo, y los carros con el aprovisionamiento no pudieron seguir a las tropas. Tampoco lo pudo hacer la artillería pesada, y las 300 piezas de artillería ligera con que contaba el turco no eran lo suficientemente fuertes como para destruir las murallas de Viena.



Viena contaba con pocos defensores, pero en vista a lo que se avecinaba, los soldados de los Habsburgo, bajo las órdenes expertas de su general Nicolás, Conde de Salm, un veterano de 70 años, reforzaron las murallas y levantaron nuevos bastiones y rampas allá donde fue necesario.

Las murallas de Viena tenían 250 años de antigüedad y no más de cinco pies de grosor. En muchos lugares necesitaban reparación y no había tiempo de levantar nuevas, así que se empleó para restaurarlas los restos de la ciudad extramuros que Nicolás de Salm hizo quemar para facilitar el fuego de sus cañones.

A pesar de su edad avanzada, Nicolás era un hombre activo que no sólo supervisó la reparación de las murallas, sino que reunió tanta munición y comida como pudo y evacuó de la ciudad a tantas mujeres y niños como pudo para aligerar el peso de la defensa. Durante el mismo asedio supervisó la forma en que eran rotados los 72 cañones de que disponía.

El Duque Federico al Conde Nicolás de Salm

Le estoy confiando la defensa de Viena. He sido ordenado por el más gracioso soberano Fernando I el supervisar la seguridad de esa noble ciudad. Vuestra reputación estelar os hace el mejor candidato para esa labor. Los turcos bajo el mando de Süleiman ya han masacrado y pillado la mayor parte de las tierras orientales. Será vuestra tarea el defender esa ciudad y salvar a la cristiandad occidental de las hordas turcas. Süleiman está avanzando sobre la ciudad con 325.000 hombres, pero con la Gracia de Dios prevaleceréis. Seréis recompensado grandemente por vuestros esfuerzos.

Sinceramente
El Duque Federico

SOLDADOS ESCLAVOS

Los jenizaros no podían vencer y además no merecían vencer. Era una tropa de élite creada para luchar contra su propia gente. Los jenízaros eran esclavos y a la vez constituían las unidades de infantería de élite del Ejército otomano. Tenían su origen en el S. XIV (1330) y fueron abolidos (y masacrados) por el Sultán Mahmud II en 1826.

El Sultán Orhan I, gobernante del incipiente Imperio otomano, fundó el Cuerpo militar de los jenízaros en 1330. Estuvo en un principio formado por combatientes no musulmanes, sobre todo jóvenes esclavos cristianos y prisioneros de guerra. Orhan estaba influenciado por los sultanes mamelucos para la creación de este modelo de cuerpo militar. Los jenízaros se convirtieron en el primer ejército otomano permanente, sustituyendo a fuerzas que estaban conformadas principalmente por guerreros tribales, en cuya lealtad y moral no siempre podía confiar el Sultan. Además, ningún combatiente libre consentiría ser un soldado



Soldado turco. La versión romántica del Siglo XIX.

Era por lo demás necesario defenderse hasta el fin. En estos tiempos de corrección política, tienden a exagerarse los horrores propios y a ignorarse los de otras culturas, pero los turcos en su avance por Hungría habían cometido toda clase de atrocidades que concluyeron con el saqueo de Buda y el asesinato de miles de campesinos y ciudadanos de las tierras por las que avanzaban.

Los defensores austriacos de la ciudad (entre 17.000 y 22.000) recibieron poca ayuda exterior, aunque a la postre fue relevante. Ésta se componía de mercenarios venidos de distintos lugares de Europa, pero tenía su núcleo fuerte en 1.000 lansquenetes alemanes y 700 arcabuceros españoles enviados por la reina viuda María de Hungría, hermana de Fernando. Estos últimos destacaron en la defensa de la zona norte, impidiendo al enemigo establecerse en las vegas del Danubio junto a la ciudad.

Sin artillería pesada y teniendo que alimentar a un ejército demasiado numeroso, la única alternativa del turco era minar las murallas de la ciudad. Minar era un método de sitio que implicaba cavar un túnel desde las trincheras propias por debajo de la muralla enemiga, rellenar ese túnel con pólvora y hacerlo saltar. El túnel al colapsar arrastraba consigo una sección del muro. Esta vez, sin embargo, los defensores sabían donde estarían los túneles turcos, gracias a un desertor, e hicieron contraminas, cavando sus propios túneles debajo de los de los turcos para que estos se hundieran, o cavando túneles al mismo nivel para enfrentarse con los turcos en batallas subterráneas, que los defensores solían vencer.

Algunas minas sin embargo funcionaron. Las brechas en el muro, que a veces eran lo suficientemente anchas como para que pasasen varios jinetes a un tiempo, no pudieron sin embargo ser explotadas. Tras sus muros los defensores habían cavado trincheras y elevado empalizadas. Las brechas estaban

protegidas por los mismos muros de alabarderos y piqueros que habían ganado todas las batallas de Europa Central, y los jenízaros del emperador turco no pudieron superarlos. En un solo combate en las brechas, el 12 de octubre, los jenízaros dejaron 1.200 muertos. Para un ejército de esclavos al que se le había dicho que era invencible, esas bajas eran desmoralizantes.

Después de un mes de sitio y sin haber podido hacer saltar las murallas ni adentrarse en la ciudad tras numerosos asaltos, Sulimán I tuvo que tomar la determinación de retirarse, ya que el sitio se preveía muy largo y el duro invierno que se avecinaba no iba a ser muy soportable para unas tropas debilitadas y desmoralizadas. De todas formas, la retirada fue penosa debido a un invierno adelantado y especialmente duro, y a las dificultades que encontraron los otomanos en todo el camino de vuelta a Constantinopla.



Ésta y sucesivas campañas militares demostraron que Viena estaba situada en el límite de distancia que podía manejar la capacidad logística del imperio otomano. De todas formas, el primer sitio de Viena no fue del todo desastroso, ya que Sulimán I afianzó su control del sur de Hungría e inflingió tanto daño al resto de tierras austríacas por las que pasó que el rey Fernando I no pudo contrarrestar la osadía musulmana con un contraataque.

El sultán quiso intentar de nuevo la conquista de la ciudad en 1532, pero encontró a los defensores apoyados por un gran ejército bajo el mando del hermano de Fernando, el emperador Carlos V, y no pudo acercarse a ella. Aún se produciría un segundo sitio en Viena, durante el reinado del emperador Leopoldo I, en el año 1683.

La misma noche del 12 de octubre, Süleiman convocó un consejo de guerra. Su abastecimiento y su artillería pesada seguían sin llegar. El campo que le rodeaba había sido saqueado y ya no podía ali-

de infantería, considerando el arriesgado destino que le era asignado.
Las primeras unidades jenízaras tenían entre sus filas a cautivos de guerra. Después de los años 1380, el Sultán Selim I incrementó sus filas como resultado de un impuesto en forma humana denominada devshirmeh.
En la práctica, los jenízaros pertenecían al sultán. A diferencia de los musulmanes libres, les estaba expresamente prohibido dejarse crecer la barba, permitiéndoles tan sólo un bigote.
Creados para aterrorizar a la misma gente de la que habían nacido, lentamente se convirtieron en una tropa pretoriana que contribuyó a la decadencia del mismo Imperio que les había creado, y que contribuyeron a destruir de la misma manera que habían contribuido a su crecimiento. Aquel gesto de su Emperador, a las puertas de Viena, ofreciéndoles dinero en vez de castigos, sería el primer paso de su dinastía para convertirse en esclava de sus esclavos armados y acabar pereciendo.

mentar a su ejército. El invierno llegaba. Los defensores habían ganado todos los combates en las brechas del muro y había perdido entre 14.000 y 20.000 soldados, sobre todo jenízaros y caballería. Los jenízaros por primera vez en su vida se atrevían a quejarse de ser sacrificados, lo que para el emperador turco era inimaginable porque los jenízaros eran reclutados para ser sacrificados, y así lo habían sido durante los últimos doscientos años. En vez de castigarlos, Süleiman les ofreció una prima por atacar una vez más.


Combate en la brecha de las murallas: hombres libres contra esclavos.

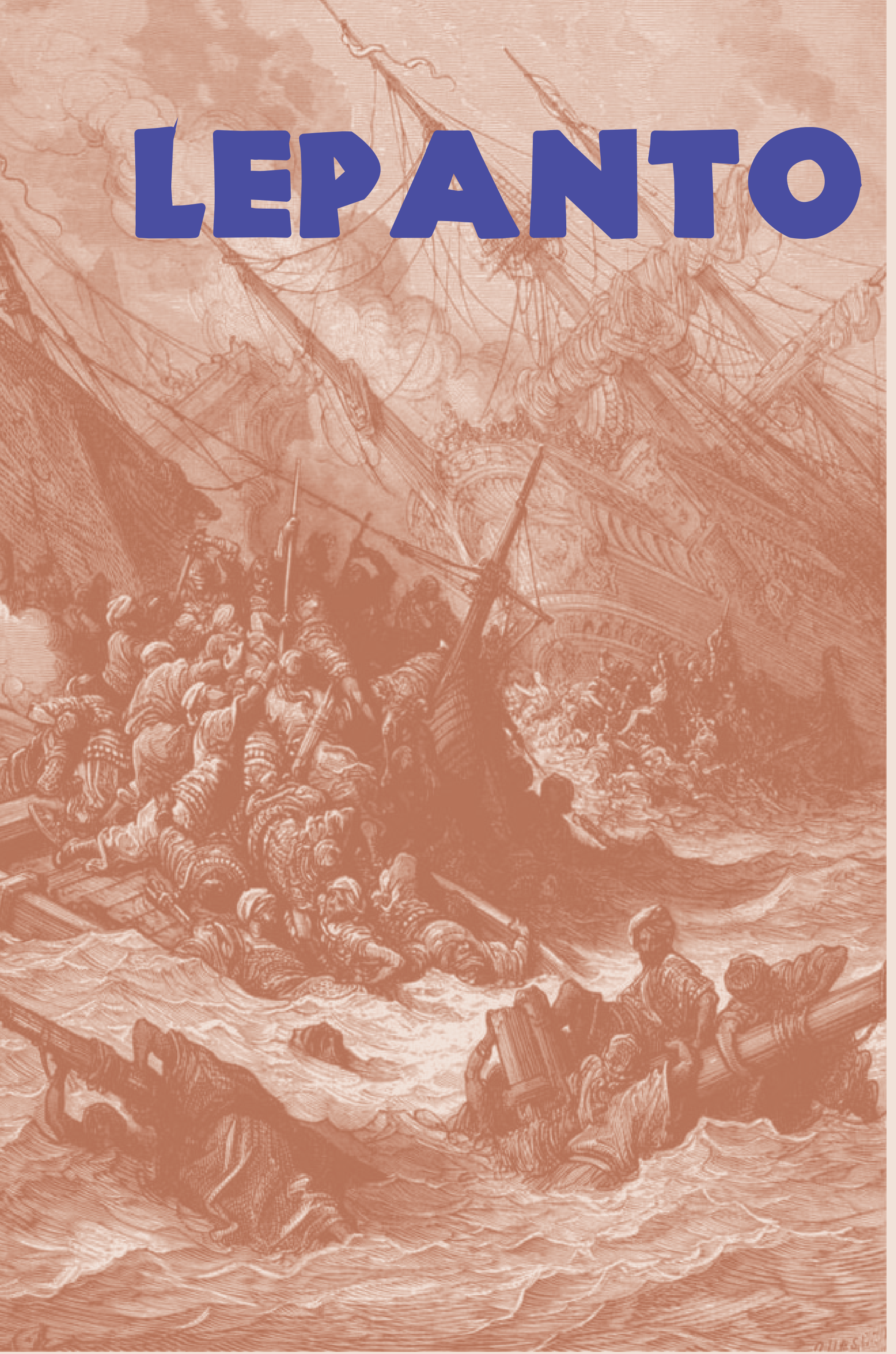
El 14 de octubre explotó otra mina, pero los restos de la muralla caída eran demasiado altos, y para cuando los jenízaros lograron escalarlos ya estaban del otro lado los landsquenetes con sus picas. Se produjo una nueva matanza de jenízaros y estos tuvieron que volver a retroceder.

Aquella misma noche los turcos levantaron sus tiendas, que habían cubierto toda la llanura fuera de Viena y hasta donde alcanzaba la vista. Quemaron todo lo que no podían llevarse, asesinaron a sus cautivos y se retiraron al día siguiente.

LECCIONES DEL PRIMER SITIO DE VIENA

Ante todo, que un ejército de esclavos, no importa lo disciplinado que sea, nunca podrá derrotar a un ejército de hombres libres. Europa sobrevivió no sólo gracias a su tecnología superior, que ya lo era, sino sobre todo a la voluntad de sus soldados y generales, que puestos en una situación de 15, o más, contra uno, siguieron combatiendo. No todos los enemigos son tan poco sutiles como los turcos de tiempos pasados y las invasiones ya no se presentan de forma tan clara, pero es importante mantener aquel espíritu.

Una segunda lección nos llega del comportamiento de Francisco I de Francia. El rey francés estaba empeñado en una guerra contra la dinastía austriaca, en el trono de los Países Bajos, Bélgica, gran parte de las actuales Alemania y Austria, y España y sus posesiones de ultramar, y prefería una derrota turca sobre esa dinastía a la supervivencia de Occidente. En sus cálculos era mejor una Europa reducida en la que los musulmanes hubieran llegado hasta el Centro de la misma, pero en la que la suya fuera la mayor de las monarquías, que una Europa de cultura occidental en la que él fuera tan sólo un personaje secundario. Esa actitud es desgraciadamente la de buena parte de los políticos de nuestro continente que prefieren una Europa débil en la que poder sentirse importantes a una Europa Unida en la que no serían nada. Esos, esa gentuza, más que los enemigos externos, son aquellos a los que debemos tratar con la vigilancia, el odio y el desprecio que merecen.



LEPANTO

Jamás se vio batalla más confusa; trabadas de galeras una por una y dos o tres, como les tocaba...El aspecto era terrible por los gritos de los turcos, por los tiros, fuego, humo; por los lamentos de los que morían. El mar envuelto en sangre, sepulcro de muchísimos cuerpos que movían las ondas, alteradas y espumeantes de los encuentros de las galeras y horribles golpes de artillería, de las picas, armas enastadas, espadas, fuegos, espesa nube de saeta... Espantosa era la confusión, el temor, la esperanza, el furor, la porfía, tesón, coraje, rabia, furia; el lastimoso morir de los amigos, animar, herir, prender, quemar, echar al agua las cabezas, brazos, piernas, cuerpos, hombres miserables, parte sin ánima, parte que exhalaban el espíritu, parte gravemente heridos, rematándolos con tiros los cristianos.

Luis Cabrera de Córdoba

...la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros.

Miguel de Cervantes

La batalla de Lepanto tuvo lugar el 7 de octubre de 1571 en el golfo de Lepanto, frente a la ciudad de Naupacto (Lepanto), situado entre el Peloponeso y Epiro, en la Grecia continental. Se enfrentaron en ella los turcos contra una coalición europea, llamada Liga Santa, formada por España, Venecia, Génova y los Estados Pontificios. Los europeos resultaron vencedores.. Esta batalla frenó el expansionismo turco por el Mediterráneo occidental.

En 1570, después de unos años de tranquilidad, los turcos iniciaron una expansión atacando varios puertos venecianos del Mediterráneo Oriental. Atacan Chipre con 300 naves y pusieron sitio a Nicosia. Venecia pidió ayuda a las potencias cristianas, pero sólo el papa Pío V respondió. El Papa consiguió convencer al rey de España para que también ayudase, y se formó una armada para enfrentarse a los turcos. Esta armada se reunió en el puerto de Suda, en la isla de Candia (Creta).
Por parte veneciana había 136 galeras, 11 galeazas y 14 naves al mando de Jerónimo Zanne, Antonio de Canale y Jacobo Celsi.
Las fuerzas pontificias constaban de 12 galeras al mando de Marco Antonio Colonna.
Felipe II aportó 50 galeras mandadas por Juan Andrea Doria (sobrino del fallecido Andrea Doria), que debía ponerse a las órdenes de Colonna.
En total sumaban 187 galeras, 11 galeazas, un galeón y 7 naves de distinto tipo, con un total de 1.300 cañones y 48.000 hombres, de los que sólo 16.000 eran gente de guerra.

Mientras los generales cristianos discutían la forma de hacer frente a la situación, el 9 de septiembre los turcos tomaban Nicosia. Juan Andrea Doria, al ver que no hay acuerdo posible entre las fuerzas cristianas, decide volverse a Sicilia el 5 de octubre.

En su regreso a sus bases, las fuerzas venecianas y pontificias sufrieron un temporal en el que se perdieron 14 de las galeras venecianas. El Papa y Venecia culparon al almirante español del fracaso de la operación, aunque los motivos de Juan Andrea Doria para no emprender un ataque contra fuerzas turcas superiores se basaban en el mal estado de las dotaciones y del armamento de las galeras de Venecia.

DON JUAN DE AUSTRIA



LA LIGA SANTA

La armada aliada fue puesta al mando de don Juan de Austria, secundado en la armada española por Álvaro de Bazán, Luis de Requesens y Juan Andrea Doria, mientras que la veneciana fue capitaneada por Sebastián Veniero y la pontificia por Marco Antonio Colonna. Entre todos reunían más de 200 galeras, 6 galeazas y otras naves auxiliares. La escuadra turca -al mando de Alí Bajá (señor de Argel y gran marino a las órdenes del sultán turco Selim II)- contaba con 260 galeras.

Ante el fracaso de esta expedición, Pío V reunió a plenipotenciarios españoles y venecianos para tratar de tomar medidas efectivas contra la expansión turca por el Mediterráneo. Las discusiones se centran sobre las misiones de la Liga y la duración de la concentración de fuerzas, con posturas encontradas entre venecianos y españoles. Los primeros querían restringir su ámbito al Mediterráneo Oriental, donde su comercio sufría los ataques piratas y el avance turco, mientras que los españoles querían incluir también las costas del norte de África.

Gracias al empeño personal del papa, el 24 de mayo de 1571 se llegó a una solución de compromiso:

La duración del pacto sería ilimitada.

Serviría tanto para atacar a Turquía como para atacar las plazas turcas del norte de África.

La armada estaría formada por 200 galeras, 100 naves, 50.000 infantes y 4.500 jinetes.

Esta armada debería estar preparada para entrar en acción en abril de cada año.

España sufragaría tres sextos de los gastos, Venecia dos sextos y la Santa Sede el sexto restante.

El generalísimo de la Liga sería Juan de Austria y cada nación aportaría un Capitán General. Estos tres capitanes generales, reunidos en consejo, acordarán el plan anual de operaciones.

Ninguna de las partes podría ajustar tregua ni paz con el enemigo por separado y sin participación y acuerdo de las otras dos.

El generalísimo no llevaría estandarte propio ni de su nación, sino el especial de la Liga.

Una vez aprobado el tratado, el Papa intenta que se unan al mismo Portugal, Francia y Austria, sin conseguirlo. Francia incluso pactó, de nuevo, con los turcos.

Mientras tanto, los turcos continúan con su campaña de conquista de Chipre y forman una escuadra de 250 velas y 80.000 hombres para devastar y saquear algunos de los puertos venecianos del Adriático.

El 4 de agosto, por falta de vituallas, cae Famagusta, con lo que se completa la conquista turca de Chipre.

FAMAGUSTA (UN APARTE SANGRIENTO)

Famagusta se rindió después de un año de asedio, cuando las provisiones ya se habían agotado, sólo quedaban siete toneles de pólvora y los aproximadamente 800 supervivientes de la guarnición se veían obligados a alimentarse de caballos, de asnos, perros o ratas, aunque hasta esto hacía ya tiempo que escaseaba.

El jefe de la guarnición Marco Antonio Bragadino planteó la capitulación El 1 de agosto de 1571 se alzó una bandera blanca en lo alto de las murallas. Los kiayas del seraskeri y del agá de los jenízaros se presentaron en las puertas de la ciudad en calidad de rehenes, y los sitiados enviaron en intercambio a dos nobles venecianos que fueron recibidos por Mustafá con todos los honores. Ese mismo día se firmó el acuerdo con las siguientes condiciones: la guarnición saldría con sus armas y equipajes, y sería transportada inmediatamente a Creta; los habitantes serían libres de quedarse o marcharse de la ciudad y sus vidas y pertenencias serían respetadas. Catorce barcos de carga turcos entraron en el puerto para llevar a cabo la evacuación, que se completó en tres días, quedando en la ciudad unos quinientos cristianos. Los jefes principales permanecieron en la ciudad hasta que todo se llevó a cabo.

El 5 de agosto, Bragadino envía al joven Enrique Martinengo, sobrino de su general de artillería, para que avisara a Mustafá de que las llaves de la ciudad le serían entregadas esa misma tarde. Tres horas antes de la puesta del sol, Marco Antonio Bragadino sale dignamente a caballo, vestido con su uniforme de magistrado veneciano y cubierto por un parasol púrpura, símbolo de su dignidad, junto con sus jefes, algunos otros oficiales y una guardia de 40 hombres. El jefe de los sitiadores los aceptó en su tienda:

"Cuando llegaron, Mustafá les hizo grandes agasajos y charló con ellos sobre diversos asuntos, pero por fin, cambiando el tono del discurso, se dirigió al ilustre Bragadino de la siguiente manera: "¿Qué ha sucedido con los prisioneros que reteníais dentro de la muralla?" Aquél le contestó que unos se encontraban en Famagusta y que otros habían sido enviados a Venecia. Con gran ira Mustafá volvió a preguntar: "¿Crees que no sé que los has matado a todos?", y Bragadino respondió: "Si gustáis, podéis

FAMAGUSTA: ORIGENES DE ESTE TESTIMONIO

Los fragmentos que narran la captura y muerte de Marco Antonio Bragadino y de sus compañeros en la defensa de Famagusta pertenecen a "Narrazione del terribile assedio e della resa di Famagosta nell'anno 1571 da un manoscritto del capitano Angelo. Gatto da Orvieto", que uno de los pocos prisioneros supervivientes del asedio escribió durante su encierro en la cárcel del Mar Negro, a donde fue trasladado después de la toma de Chipre. Según parece, de entre todas las crónicas que se han conservado, ésta es la que puede ser más de fiar debido a la cercanía de los hechos que narra y a la presencia del narrador en el sitio.

Si bien podemos desconfiar de la retórica de que hace gala el pobre capitán de Famagusta en el discurso en el que emplea sus últimos alientos, el resto de los sucesos es comúnmente aceptado como real por todos los historiadores especializados en la época y es confirmado por numerosas crónicas.

dilucidar el asunto preguntando en la ciudad". Y de nuevo le preguntó Mustafá: "¿Dónde están las provisiones que entregasteis a mi oficial?" Su Excelencia respondió que en lo que concernía a los víveres, carecían por completo de ellos, y que en cuanto a las municiones, ya había entregado a aquél los últimos siete barriles de pólvora que quedaban. Entonces Mustafá, abalanzándose sobre él, sacó su daga y gritó: "Dime, perro ¿por qué has retenido la ciudad aun careciendo de alimento? ¿Por qué no la entregaste hace un mes, sino que me hiciste perder 80.000 hombres de los mejores que tenía en el campamento?" Después de decir esto, ordenó a grandes voces que los ataran después de que los hubieran desarmado.

Con la daga que seguía sosteniendo en su mano derecha, el infiel Mustafá cortó la oreja derecha del ilustre Marco Antonio Bragadino y ordenó a uno de los turcos allí presentes que le cortara la izquierda, y así sucedió.

Habiéndo cortado las dos orejas de su Excelencia, ordenó matar a todos los cristianos que se encontraban en el campamento, y al punto fueron todos muertos por 100.000 cimitarras. Después, conduciendo fuera de su tienda al ilustre capitán Héctor Baglioni, le decapitó. Tomando la cabeza entre sus propias manos, el salvaje y sanguinario traidor Mustafá la enseñó a todo su ejército mostrándola en alto y gritando: "¡Contemplad la cabeza del defensor de Famagusta! ¡Ésta es la cabeza que destrozó la mitad de mi ejército, contemplad cuántas desgracias nos acarreó!" Después, entregándola a uno de sus jefes, dio orden de que todos la vieran y se acercaran."

Mustafá azotó y después ahorcó o decapitó al resto de los jefes profiriendo dolorosas injurias al mismo tiempo que ordenaba matar a todos los cristianos que se encontraran aún dentro de las murallas de Famagusta. Más de 350 cabezas cortadas de italianos, griegos y albaneses quedaron expuestas en la plaza central. No obstante, a Marco Antonio Bragadino lo dejó para el final: "El día 17 del mismo mes, Mustafá y los jefes del ejército trajeron al ilustre Bragadino, enfermo y con la cabeza gangrenada, delante de todas sus tropas, ordenándole trasladar sacos llenos de tierra y piedras enormes, y mientras Mustafá le empujaba haciéndole caer al suelo, los otros jefes aparentaban que querían sostenerlo y le decían: "¡Mantente firme, señor!", y de nuevo lo lanzaban contra el suelo. El traidor le azotaba todo el cuerpo diciéndole: "¡Contempla las defensas erigidas por mí, contempla el lugar donde perdí tantos hombres!". Estando ya medio muerto, lo llevaron al puerto de los Jardines y allí lo subieron a la nave

del cruel Rapamat. Atándolo a un pedazo de madera, lo izaron hasta el extremo del mástil diciendo: "Mira si puedes ver ahora la flota cristiana, mira, gran cristiano, si hace su aparición la ayuda para Famagusta, responde y no temas". Su Excelencia, apurado por la muerte, respondió con débil voz reprochándoles la violación del pacto: "¡Ay, salvaje, infiel y traidor Mustafá, éstas son las promesas que me hiciste cuando acordamos el pacto, habiendo jurado sobre la cabeza de tu sultán como caballero de honor y habiendo validado el acuerdo con el sello imperial! Que me diga el traidor con qué gloria quiere regresar ante su señor y a quién quiere rendir la bravura y el honor de la captura de una ciudad indefensa mientras él traía consigo 200.000 hombres armados. ¿Qué le asiste a él, para quién hicisteis tantos ataques fuertemente armados contra nuestros muros? Por supuesto, él no atribuirá la derrota de esta ciudad al coraje de sus soldados, los cuales por la fuerza no pudieron arrebatarnos ni siquiera un palmo de tierra. En justicia, él podrá decir que como traidor y perjuro tomó nuestra ciudad bajo un acuerdo militar, tal y como se refleja en sus artículos. ¿Qué me responde ese indigno traidor? Deseo que resuene en los dos polos de la tierra la traición del miserable Mustafá. Deseo que mi muerte y la de tantos seres inocentes sean utilizadas como ejemplo para que las gentes venideras no den crédito a una raza bárbara e infiel."
Media hora después de que lo hubieran alzado, Rapamat lo bajó. Debido a que Bragadino, que lo soportaba todo en silencio, no podía caminar a causa de su debilidad, lo entregaron para que fuera azotado en la plaza principal de Famagusta, donde se efectuaban los ajusticiamientos, y desnudándole allí, le ataron al mástil de la bandera y empezaron a desollarlo vivo, comenzando por la espalda. Mientras se afanaban en su inhumana labor, el infiel traidor Mustafá, burlándose desde el palacio, le decía: "Reniega y te presentaré como grande ante mi gran emperador y señor". El sufrido mártir no respondió en absoluto, pero elevando constantemente los ojos hacia el cielo susurraba: "Señor nuestro Jesucristo, apiádate de mí".

Cuando hubieron despellejado la cabeza y el pecho y llegaron hasta el ombligo, éste expiró. Dividieron su cuerpo en cuatro partes; colocaron su cabeza en la picota de la plaza y el resto en los bastiones. Después de haber rellenado su piel con paja y algodón, cosieron cuidadosamente las partes rasgadas de manera que pareciese vivo. Entonces revistieron la piel con su manto y lo subieron a un

buey. Tres turcos, de los cuales dos permanecían tras él como guardianes y el tercero le protegía y daba sombra, lo llevaron por toda la ciudad seguido por una enorme multitud mientras sonaban las trompetas. "Adelante, mirad a vuestro señor, contempladlo, saludadlo y honradlo para que os otorgue la recompensa por tanta fe y esfuerzos que hicisteis en vano".

REUNION DE LAS ESCUADRAS

Una vez escogido el puerto de Mesina como punto de reunión de las escuadras, comenzaron a llegar al mismo las diferentes escuadras.
Los primeros fueron los venecianos, que llegaron el 23 de julio y trajeron 48 galeras y cinco galeazas. Poco después llegaron las 12 galeras del Papa bajo el mando de Colonna.
Juan de Austria y Sancho de Leiva salieron de Barcelona el 20 de julio con las galeras de España. Recalaron en La Spezia para recoger tropas alemanas e italianas, y llegaron a Nápoles el 9 de agosto, donde el 14 Juan de Austria recibió el estandarte y las insignias de la Liga Santa, diseñados por el Papa y en el que aparecían los símbolos de las tres naciones. Arriban a Mesina el 23 de agosto.
Faltaban por llegar las escuadras de Álvaro de Bazán, Juan Andrea Doria, Joan de Cardona y 60 galeras venecianas. A primeros de septiembre ya está toda la flota reunida.
Las galeazas eran los navíos más potentes gracias a su gran aportación artillera. Las galeras eran impulsadas por remeros profesionales o por "chusma", gente que había sido condenada, por cualquier delito, a este duro trabajo. Las piezas artilleras de toda la escuadra eran 1.250.
Pese a la gran cantidad de navíos reunidos, a Juan de Austria le preocupaba el mal estado de muchos de ellos, debido a que muchas de las galeras italianas se habían construido rápidamente y otras tenían los espolones desgastados o podridos a causa de sus largas esperas en los puertos de amarre. Pese a ello se decidió que podrían aguantar.
La Liga Santa logró reunir un total de 91.000 soldados, marineros. 34.000 soldados, 13.000 tripulantes y galeotes. Por parte española eran 20.231 los soldados, de los cuales sólo 8.160 eran nativos de España, italianos 8.160 y alemanes 4.987. Además se unieron 1.876 caballeros y aventureros. A causa de la escasez de gente en las galeras venecianas, Juan de Austria decidió embarcar en ellas a 4.000 infantes españoles, para reforzar su guarnición. También embarcó a 500 arcabuceros españoles en cada galeaza.

El 15 de septiembre salieron las naves de Cesar Ávalos para esperar al resto de la flota en el Golfo de Tarento. El 16, salió el resto de la flota cristiana. En vanguardia iban 8 galeras exploradoras, al mando de Juan de Cardona, general de la escuadra de Sicilia. Sus órdenes: ir 8 millas por delante del grueso de la fuerza. El resto de la fuerza va dividido en cuatro cuerpos.

El primero, que será el cuerpo derecho en el combate, lo mandaba Juan Andrea Doria, con 54 galeras. El segundo, que será el centro en el combate, Juan de Austria, con 64 galeras. El tercero, cuerpo izquierdo en el combate, lo manda Agustino Barbarigo, con 53 galeras. Y el cuarto, que es la escuadra de socorro o de reserva en combate, Álvaro de Bazán. Está formado por 30 galeras.

Cada uno de estos cuerpos lleva dos galeazas, que en caso de combate se pondrán por delante de la formación principal. Los cuerpos están formados sin tener en cuenta la procedencia de los buques, intercalando buques venecianos, españoles y pontificios.

El tiempo era borrascoso y los vientos contrarios, lo que les impidió pasar Otranto hasta el 24 de septiembre, dejando atrás a las naves de vela. Gil de Andrade, que llevó con sus galeras la exploración lejana, informó de que la flota turca se encuentra en el golfo de Lepanto, al resguardo de sus castillos. Juan de Austria decidió dirigirse a Corfú, convocando un consejo de guerra, ya que, al haber dejado atrás a las naves de vela, no disponía de medios de sitio para atacar los fuertes de Lepanto. Decidío embarcar seis piezas gruesas de artillería de la defensa de Corfú, y salir a la mar el 30 de septiembre. Se planteó un problema de competencias entre don Juan y los venecianos. El problema se originó en una galera veneciana, donde por defender cada uno a su gente, se enfrentaron con las armas el capitán de la galera y el capitán de los soldados embarcados, resultando herido el veneciano. El almirante veneciano, Veniero, hace ahorcar al capitán de los soldados puestos por don Juan, por lo que éste convoca consejo de guerra, del cual excluye a Veniero, llamando a Barbarigo en su lugar. Juan Andrea Doria se manifiesta partidario de volverse a España y dejar solos a los venecianos, a los que considera poco de fiar, dada su experiencia anterior.
Los generales al servicio de España que hablan después de él, defendieron esa postura, pero Álvaro de Bazán opinó lo contrario. Dijo que el hecho de que Veniero hubiera hecho un disparate no era moti-

vo para tirar por la borda todo el esfuerzo hecho hasta el momento. Los que hablaron después de don Álvaro apoyaron su postura. Cerró el consejo don Juan, diciendo "Adelante, sigamos el parecer del marqués", y deciden salir a la mar muy de mañana, formar línea de combate a 15 millas de las bocas de Lepanto y esperar 2 horas, y, si no saliese el enemigo, disparar sus cañones y volverse.

LA BATALLA
PREPARATIVOS EUROPEOS

Estos fueron según consta en la orden general de navegación y combate dada por D. Juan de Austria, capitán general de la armada combinada de la Liga Santa o Santa Liga Cristiana, en el puerto de las Leguméniças el 9 de septiembre de 1571:

Deben tener mucho cuidado los que gobiernan la Armada de mantener vivo en sus gentes el espíritu religioso "á tal que Dios nuestro Señor nos ayude en la santa y justa empresa que llevamos".

También se ordena que la flota viajará con una avanzadilla 20 ó 30 millas delante de la Armada, a cargo de "Fray Pedro Justiniano, Prior de Mecina y Capitán general de las galeras de San Juan de Jerusalén, con seis galeras y dos galeotas".

En la misma orden de navegación, se ordena que la 4ª escuadra llamada "el Socorro", y que estará compuesta por 29 galeras, y "por Capitán de ella ha de ir Don Juan de Cardona, Capitán general de las galeras de Sicilia", ha de ir en retaguardia de toda la Armada recogiendo las galeras que se queden retrasadas, evitando que ninguna se quede atrás. Las galeras de la escuadra "el Socorro" llevaban un "gallardete de tafetán blanco con un asta de pica, y cuatro brazas encima del fanal".

Se ordena así mismo que toda la Armada debe proveerse de abundante agua "donde se hubiere de hacer aguada", que se almacene en las galeras y que no se gaste más que para lo necesario. Ya que ha ser tan grande la Armada, se teme tener dificultades para conseguirla en un único punto, y ordena por tanto que intenten aprovisionarse con una distancia de cinco o seis millas una escuadra de la otra, y, en caso de tener por necesidad que hacerlo toda la Armada en el mismo punto, se hará toda la Armada

La orden dice que la escuadra de vanguardia debe retrasarse a los lugares ordenados y las dos galeotas de Fray Scipion Ursino y Francisco de Mecina han de acudir al marqués de Santa Cruz a recibir

órdenes.
Las galeazas, según la previsión de la orden de navegación y combate de 9 de septiembre de 1571, cuando llegue el momento de la batalla se distribuirían de la siguiente manera: La galeaza Capitana y la de Andrea de Pessaro con la escuadra de batalla, siendo remolcadas por ésta, y en el momento preciso se colocarían delante de la escuadra "en derecho de la Real á tiro de cañón", esperando la orden para que se sacaran fuera de la batalla. Las dos del Duque de Florencia, Capitana y Patrona, irían al ritmo de la batalla y lucharían en la parte derecha (Capitana) e izquierda (Patrona) de la Real. Las galeazas de Don Ambrosio Bragadini y Jacobo Gozo irían con el cuerpo derecho de la Armada a cargo del Marqués de Santa Cruz, posicionándose para la batalla delante a la misma distancia; el Marqués se tenía que hacer cargo de remolcarlas y pasarlas delante. Las dos galeazas de Antonio Ragadini y Vicencio Quirini irían en el cuerpo izquierdo a cargo del Proveedor Soranzo, encargándose el Proveedor Soranzo de remolcarlas y posicionarlas para la batalla.

El 30 de septiembre partió la Armada de los Molinos (cerca de Corfú) y llegó a Leguminici (Albania), llamado antiguamente Epiro, un puerto con abundantes suministros. Llegó una de las fragatas que había llevado Gil de Andrade, avisando que el turco se encontraba en el puerto de Lepanto, antiguo Naupacto, y que había enviado 60 navíos de remo y dos naves a Corn con enfermos para dejarlos allí. Ordenó Don Juan de Austria a los que estaban retrasados en Corfú que se dieran prisa y que pusieran orden, pues el tiempo era de suma importancia. La Armada siguió en Leguminici, incluso después de llegar Antonio Colona (los retrasados en Corfú), por el mal tiempo reinante, saliendo del puerto el miércoles 3 al amanecer, si bien llevaban preparándose para la batalla desde el día 1.
Al llegar ese mismo día 3 a las 9 de la mañana al Cabo Blanco, cerca de Chafalonia, ordenó Don Juan de Austria prepararse para la batalla a toda la Armada. Don Juan personalmente fue por un lado de la Armada poniendo en orden de batalla, y por la otra el Comendador mayor de Castilla. Navegaron toda la noche hasta las 4 de la mañana, y llegaron al puerto de Fiscardo en el canal de Chafalonia. Llegó ese mismo día un barco desde Candia y les contó que Famagusta había caído en manos del turco y que todos habían sido degollados.
Durante los siguientes días hasta el de la batalla, fueron aproximándose al puerto de Lepanto, envian-

do Don Juan vigías por mar y tierra para descubrir la armada turca. El domingo, la guardia que estaba en los calces de la Real, avisó que había descubierto una vela latina, y al poco toda la Armada turca. Don Juan ordenó subir vigías a los calces y que trataran de contar. Al poco llegaron los vigías de tierra confirmando que se trataba de la armada enemiga.
Mandó Don Juan disparar una pieza de artillería y otras señales previstas para avisar de la batalla. Se embarcó en una fragata con Don Luis Cardona y con su secretario Juan Soto, y fue animando a sus soldados hablándoles de la victoria segura, pues iban a pelear por Dios, afirmando que lucharían hasta perder la vida, pues si la perdían, la ganarían.
Poco antes de la batalla, se puso Don Juan de rodillas y oró a Dios pidiéndole la victoria para los suyos. Lo mismo hicieron todos los de la galera Real y del resto de la Armada. Tras esto les fue dada la absolución por los padres jesuitas y capuchinos enviados por su Santidad con el jubileo. Cuenta Don Juan que en ese momento, "fue el mar aquietado de tanta bonanza, cuanta se pudo desear, y forzó a la armada enemiga a plegar su velas y venir a remo", lo que permitió a la Armada cristiana ponerse en orden de batalla, especialmente el cuerpo izquierdo.
Según lo acordado, el "Balsâ" disparó una pieza para pedir batalla, que fue contestada por Don Juan con otra aceptando. Tras navegar una o dos millas en dirección al "Balsâ", "mandó Don Juan segundar otra vez significando que aseguraba la batalla".
A la vista de la cantidad de velas, algunos propusieron reunión del consejo de guerra, a lo que don Juan responde: "Señores, ya no es hora de deliberaciones, sino de combatir".

PREPARATIVOS TURCOS

Alí había llamado a todos sus almirantes para concentrar sus fuerzas en Lepanto. El último en llegar fue Mahomet, rey de Negroponte, con 60 galeras y 3.000 soldados. En total reunieron 210 galeras, 63 galeotas y 92.000 combatientes, de los cuales 34.000 eran soldados, 13.000 tripulaciones y 45.000 galeotes. La "chusma" estaba compuesta de prisioneros cristianos capturados en distintas batallas o asedios. Además, las piezas artilleras ascendían a 750, menos que las cristianas, aunque los arqueros llevaban flechas envenenadas y fueron muy útiles en los abordajes.
El primero, cuerpo derecho, al mando de Mahomet Siroco, gobernador de Alejandría, formado por 54

galeras y 2 galeotas. El segundo, centro, mandado por Alí Bajá, general en jefe, con 87 galeras y 32 galeotas. El tercero, cuerpo izquierdo, lo manda el corsario Cara Hodja (Kodja), con 61 galeras y 32 galeotas. El cuarto, o escuadra de reserva o socorro, lo manda Murat Dragut, y tiene 8 galeras y 21 galeotas y fustas.

Las órdenes eran terminantes. El gran señor Selim II ordenó a Alí salir a la mar en busca de los cristianos y combatirlos donde los encontrara. Cuando avistan a la flota cristiana, Pentev y Uluch Alí recomiendan retroceder y ponerse bajo la protección de los castillos, pero Alí, cumpliendo órdenes, manda atacar.

EL COMBATE

A las 7 de la mañana las dos escuadras se divisan. En el lado cristiano, Barbarigo, al mando del cuerpo izquierdo, recibe órdenes de pegarse a la costa todo lo que le sea posible, para evitar que las galeras turcas lo sobrepasen y hagan una maniobra envolvente. El centro se coloca a su lado, pero el cuerpo derecho, al mando de Juan Andrea Doria, tarda en incorporarse a la formación, dejando un espacio libre entre el centro y el ala derecha.

Las galeazas, fuertemente armadas y artilladas, están situadas una milla por delante de la formación cristiana. Los turcos tienen el viento en popa, pero cuando están aproximándose, cambia el viento, lo que les obliga a emplear los remos.

Al llegar las primeras galeras turcas a la altura de las galeazas, éstas abrieron un nutrido fuego de artillería y fusilería, lo que hizo que algunas naves turcas empezasen a hacer ciaboga. Alí aceleró su ritmo de boga, para así estar menos tiempo sometido al castigo, y los demás le imitaron.

Pero al acelerar la boga, el cuerno derecho turco se adelantó sobre el resto de la formación, por lo que entabla el combate contra el cuerpo izquierdo cristiano. Algunas galeras turcas consiguen pasar entre las fuerzas de Barbarigo y la costa, y la galera de Barbarigo, la capitana del cuerpo izquierdo cristiano, es atacada por varias galeras turcas. Barbarigo muere en el combate de un flechazo en un ojo, y, cuando su nave está a punto de ser apresada, todas las demás galeras de su grupo acuden en su auxilio, dando la vuelta a la situación y haciendo que los turcos se retiren. Varias galeras turcas varan en

UN TESTIGO DE LA EPOCA

MUERTE DEL ALMIRANTE TURCO

Durante dos horas se peleó con ardor por ambas partes, y por dos veces fueron rechazados los españoles del puente de la galera real turca; pero en un tercera embestida aniquilaron a los jenízaros que la defendían, y, herido el almirante de un arcabuzazo, un remero cristiano le cortó la cabeza. Al izarse un pabellón cristiano en la galera turca arreciaron el ataque las naves cristianas contra las capitanas turcas que no se rendían; pero al fin la flota central turca fue aniquilada.

El Marqués de Lozoya

la costa, y sus tripulaciones huyen por tierra.
En el centro, la capitana de Alí (la Sultana) embiste, proa con proa, a la de don Juan (la Real), dejando unidas a las dos embarcaciones en una plataforma de 110 metros. Al embicar con el golpe, recibe en su cubierta todo el fuego de artillería y fusilería de que es capaz la galera de don Juan, lo que le produce muchas bajas, repuestas inmediatamente desde otras galeras. Las galeras de Colonna, Veniero, el Duque de Parma y Urbino se ponen al costado de la de don Juan, con lo que se forma una piña de galeras cristianas y turcas en las que se lucha cuerpo a cuerpo. Álvaro de Bazán, con sus naves de socorro, interviene impidiendo que otras galeras turcas puedan unirse a esa piña, y envía 200 hombres de apoyo a la galera de don Juan. Cae rendida la galera capitana turca y los cristianos se apoderan de su estandarte. La lucha duró una hora y media. Con esto, el centro de la flota turca queda deshecho, al igual que antes su flanco derecho. Alí Baja fue abatido por siete disparos de arcabuz, y un soldado de los Tercios, Andrés Becerra, descolgó el estandarte otomano y un galeote cortó la cabeza de Alí ofreciéndosela a Juan de Austria. Éste la despreció con gesto de asco y ordenó que la arrojase al mar.

En el ala izquierda turca, Uluch Alí ve que hay un hueco entre el centro y el ala izquierda cristianos, por lo que hace ademán de apartarse del centro turco, para que Juan Andrea Doria le siga y así aumentar la brecha. Cuando ve que ésta es suficiente, se lanza contra el costado derecho del centro cristiano, con sus 93 buques y la gente fresca, produciendo grandes daños a la capitana de Malta, a 10 galeras venecianas, a dos del Papa y a otra de Saboya. Juan de Cardona acude con 8 galeras y el de Bazán con la escuadra de reserva, consiguiendo detener el ímpetu del ataque turco, que estuvo a punto de cambiar la suerte del combate. Uluch Alí, viendo que todo el centro cristiano se dirige a atacarle y que las galeras de Doria están a punto de llegar, corta los remolques de las galeras que había apresado y consigue huir con 16 galeras. Juan de Austria sufrió una herida en un pie.

Hasta la puesta del sol continúa el combate a base de escaramuzas entre galeras aisladas, y, al anunciarse mal tiempo, ordena don Juan reunirse y marchar con las presas al puerto de Petala.

RESULTADOS Y CONCLUSIONES

En Petala los cristianos efectúan el recuento de bajas. Se contabiliza la pérdida de 12 galeras cristianas (aunque luego ascendieron a 40 por los graves daños sufridos) y de 7.600 hombres, de los que 2.000 eran españoles, 880 de la escuadra del Papa y 4.700 venecianos. Hubo 4.000 heridos. Se cuentan "170 galeras y 20 galeotas de 12 bancos arriba" apresadas a los turcos, de las que sólo 130 estaban útiles, quemándose las otras 60. Se hicieron 5.000 prisioneros y se liberaron 12.000 cautivos cristianos. Se estimaron entre 20.000 y 30.000 los muertos del bando turco.
Como en el primer cerco de Viena, Europa se unió, pero no toda Europa, como años atrás y frente a un enemigo que acababa de demostrar que era capaz de lo peor, algunas monarquías europeas escurrieron el bulto y prefirieron la ganancia a corto plazo a la solidaridad occidental. Después de Lepanto, los celos mutuos y la falta de visión, impidieron que la Santa Liga permaneciese unida para llegar hasta el final: la liberación de Grecia y los Balcanes, y cuantos daños posteriores se hubieran impedido, si los Balcanes no hubieran sido divididos y poblados por los turcos...

En Lepanto no ganaron sólo los soldados, sino la técnica y la ciencia. Europa comenzaba ya a despegarse del resto del mundo, y una sola República, Venecia, podía armar tantos navíos como el inmenso Imperio Otomano. Lo mismo podría pensarse de los cañones... los turcos eran tan inferiores que al final de la batalla fueron fundidos en vez de recuperados para las flotas cristianas.

Los europeos se volvieron a comportar como hombres libres dispuestos a defender su libertad, y por eso pudieron adaptar sus planes sobre la marcha, sentarse a discutir entre iguales la mejor manera de afrontar el combate y sus capitanes fueron capaces de improvisar. De esa capacidad para la improvisación nació el cortar los espolones a las galeotas para aumentar su campo de visión y fuego.

LEPANTO: TRIUNFO DE LA TÉCNICA Y LA CIENCIA EUROPEAS

Lepanto fue la primera gran batalla naval ganada por la artillería

Cuatro galeazas venecianas lideraban la flota cristiana. Estos cuatro barcos desataron una lluvia infernal de largo alcance sobre los barcos otomanos, obligando a los otomanos a comenzar su ataque mucho antes de lo esperado. Los europeos utilizaron bronce de alta calidad, cañones de hierro y tripulaciones con experiencia de artillería, por lo que sus tiros eran más exactos que los turcos. Así alrededor de un tercio de la flota otomana fue hundido antes de llegar a la flota europea.

Los otomanos tenían una flota mucho mayor, pero los europeos mejor armamento. Los europeos montaban 1.815 cañones contra 750 los otomanos. Los cañones europeos solían ser de bronce de alta calidad o de hierro fundido, con una mejor focalización, intervalos de disparo más cortos, que además giraban sobre un eje, y eran de mayor calibre que sus contrapartidas otomanos. Los cañones otomanos eran de bronce de baja calidad.

Las diferencias técnicas iban más allá de los cañones. Armas de fuego, como los mosquetes, más baratas, por ser fabricadas en serie, que el arco compuesto de Asia empleado por los turcos. El arco compuesto era un arma increíblemente bien diseñada, con una precisión de largo alcance y gran capacidad perforante. Pero el uso del arco requería años de práctica y entrenamiento. Los mosquetes europeos podían fabricarse de forma rápida y la formación de un tirador podía hacerse en un par de semanas.

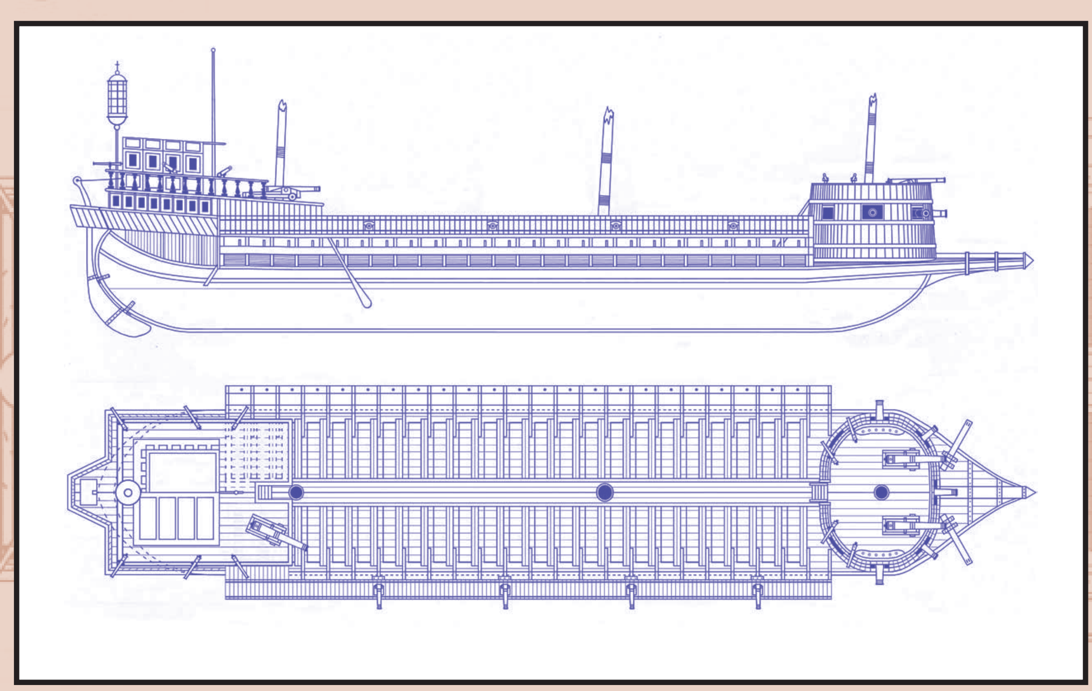
¿Por qué fueron los cañones europeos tan precisos?

La imprenta, recién inventada, jugó un papel curioso en la guerra. Sólo la ciencia europea militar de artillería unió a la ciencia de la gravedad y la física con la imprenta. Los europeos rompieron con la tradición y la ciencia militar tradicionales publicando manuales que todos podían leer. Los científicos y los oficiales de artillería de toda Europa tuvieron acceso a la lectura de esas obras y pudieron aportar sus propias respuestas y contribuciones.

En tiempos anteriores, los hombres creían que las balas eran disparadas en línea recta horizontal hasta que la fuerza que los impulsaba se perdía. En tiempos de Lepanto, la física demostró que los cañones disparaban en arco.


Trayectorias de tiro.
O como las matemáticas matan.

Galileo fue uno de los muchos científicos que investigaba la gravedad y el fuego de artillería. Aunque su obra más importante se publicase después de Lepanto, utilizó su conocimiento de la gravedad y de los arcos de tiro para demostrar que los cañones disparaban a mayor distancia cuando se encontraban en un ángulo de 45 grados.
Entre los años 1600 y 1700, los europeos exploraron la gravedad y la física, y aplicaron este conocimiento a la guerra. Los cañones dejaron de ser un juguete mágico.
Los otomanos, a diferencia de los europeos, mantuvieron todos los conocimientos militares como secretos de estado. Esto condujo al estancamiento intelectual. El Imperio Otomano, incluso prohibió el uso de la imprenta, ya que alteraría la estructura social, religiosa y política del Imperio.
Los otomanos reconstruyeron su flota poco después de Lepanto, pero el Imperio Otomano no aprendió la lección clave de la batalla y volvió a recurrir a las mismas técnicas que les habían costado la derrota.
La decadencia del Imperio Otomano, más o menos comienza en Lepanto, pero no sólo por su derrota sino sobre todo por su firme negativa a adaptarse a nuevos sistemas científicos y económicos.



Galeazza, más pesada, algo menos rápida, más alta, más difícil de abordar, mucho más artillada.

Cuatro galeazzas se bastaron para deshacer las líneas de la armada turca.

JUAN SOBIESKI



EPILOGO

LA SEGUNDA BATALLA DE VIENA, 1683

JUAN III SOBIESKI EN LA BATALLA DE VIENA

A finales del siglo XVII, el Imperio Otomano volvía a estar en disposición de avanzar en sus conquistas europeas, y de nuevo fijó su mirada en la ciudad de Viena como primer bastión importante a poseer.

La captura de la ciudad de Viena hacía tiempo que era un objetivo estratégico para el Imperio Otomano, debido a su situación geopolítica privilegiada: Viena gestionaba las rutas comerciales de Centroeuropa y dominaba la navegación por el Danubio.

Hacía más de 100 años que había fracasado el primer asedio turco a Viena, por lo que esta vez el Imperio Otomano se preparó a conciencia para el nuevo asalto. Estos preparativos incluyeron el reclutamiento de un ejército de 138.000 hombres, así como la reparación y construcción de nuevas carreteras y puentes para movilizarlo desde los Balcanes a Austria, y la creación de nuevos centros logísticos con los que abastecer al ejército de cañones y pólvora durante la nueva campaña.

En el ámbito político, el Imperio Otomano había estado ayudando militarmente a las facciones húngaras que querían liberarse del yugo de los Habsburgo, así como a los sectores protestantes que se veían amenazados por el catolicismo militante de Roma y Austria. En 1681, estas fuerzas húngaras, lideradas por Imre Tököly, fueron reforzadas significativamente por Constantinopla, que reconoció a Imre como rey de "la alta Hungría" (incluía el este de Eslovaquia y partes del noreste de Hungría), que había sido arrebatada años atrás a Austria. Este apoyo otomano incluía la promesa de entregar "el reino de Viena" a los húngaros si éstos les ayudaban en su conquista.

Durante el siguiente año, las tropas de Imre Tököly se dedicaron a hostigar a las tropas austríacas en

la frontera, y varias incursiones de éstas en Hungría sirvieron como excusa a Constantinopla para mobilizar todo su ejército, al mando del Gran Visir Kara Mustafa Pasha. La declaración de guerra que siguió no dejaba dudas del futuro de Viena en caso de que cayera en manos turcas: Mehmed IV, Sultán del Imperio Otomano, escribió esta misiva a Leopoldo I, emperador austríaco: "Primeramente, le ordenamos que nos aguarde en su residencia de la ciudad de Viena donde procederemos a su decapitación. Le exterminaremos a Vd. y a sus seguidores… Niños y adultos, todos serán expuestos a las torturas más atroces antes de darles fin de la manera más ignominiosa imaginable…"

La marcha del ejército otomano no se produjo hasta el 1 de abril de 1683, bastantes meses después. La logística de la época no aconsejaba lanzar una campaña militar de semejante magnitud durante los rigores del invierno centroeuropeo, además de que la propia naturaleza feudal del ejército turco y su costumbre de ser desmantelado durante los meses de invierno para volverse a unir en abril del siguiente año así lo exigían. Esto proporcionó un amplio margen de tiempo a Leopoldo I para preparar las defensas de su territorio y establecer alianzas con otras monarquías centroeuropeas.

Durante el invierno de 1682, los Habsburgo y Polonia concluyeron un tratado mediante el cual Leopoldo I defendería al rey polaco, Juan III Sobieski, si los turcos atacaban su capital, Cracovia, y a cambio, el ejército polaco asistiría a Viena en reciprocidad.

El 7 de julio de 1683, 40.000 soldados tátaros a las órdenes del Gran Visir Pasha llegaron a 40 km de Viena. Doblaban en número a los defensores, y consiguieron que Leopoldo I y 80.000 vieneses huyeran de Viena y se refugiaran en Linz. En aquella época, Viena no era para los Habsburgo lo que fue Constantinopla para el último emperador bizantino en 1453. La caída de Viena no habría significado el fin del Imperio, y por ello Leopoldo I decidió retirarse con la corte a Passau durante el transcurso de la contienda. Aunque Kara Mustafa hubiera conseguido ensamblar un ejército de 200.000 hombres, sus líneas de comunicación estaban tan estiradas que aunque hubiera tomado Viena no le hubiera sido posible avanzar más hacia el interior de Austria.

A pesar de esto, el rey polaco preparó una expedición de socorro durante el verano de 1683, cumpliendo con sus obligaciones del tratado con Austria, hasta el punto de dejar su propia nación sin defensas

ante un eventual ataque de una fuerza extranjera. Sobieski advirtió al rey húngaro Imre Thököly de que no tratara de sacar provecho de esta situación bajo amenaza de acabar con su reinado de manera fulminante, cosa que Thököly desoyó.

El grueso del ejército turco arribó a Viena finalmente el 14 de julio de 1683, donde le esperaban 11.000 soldados y 5.000 civiles austriacos que no quisieron capitular. Los vieneses habían demolido las casas que circundaban el exterior de las murallas de la ciudad abriendo una gran planicie que dejaría expuestos a los turcos en sus ataques. Kara Mustafa Pasha superó ese obstáculo ordenando a sus fuerzas que cavaran zanjas y trincheras en ese espacio alrededor de la ciudad.

Los 300 cañones otomanos estaban anticuados y no castigaban en exceso las murallas de Viena, así que los otomanos cambiaron de planes y se dedicaron a excavar túneles bajo las mismas con el objetivo de dinamitarlas y debilitar paulatinamente su estructura. En este punto, los turcos tenían básicamente dos opciones para conquistar la ciudad: tomarla al asalto o sitiarla durante meses. La primera opción era un éxito casi seguro, ya que de nuevo superaban a los defensores en número de veinte a uno. Decidieron la segunda opción para minimizar las bajas y tomar la ciudad intacta, a costa de dar más tiempo a Leopoldo I para reaccionar ante la marcha de los acontecimientos.

Los otomanos impidieron el abastecimiento de la ciudad y hostigaron a los defensores constantemente, con lo que a finales de agosto los vieneses se disponían a capitular, exhaustos y famélicos, sin posibilidad de resistir más el asedio y sin noticias de refuerzos. Para primeros de septiembre, los zapadores turcos habían volado varias secciones de la muralla creando agujeros de hasta 12 m de longitud, y los jenízaros otomanos ya se preparaban para entrar en masa en la ciudad.

El 6 de septiembre, el ejército polaco atravesó el Danubio por Talln, a 30 km al noroeste de Viena, y se unió a las fuerzas imperiales y al resto de tropas adicionales procedentes de Sajonia, Bavaria, Baden, Franconia y Suabia que habían acudido a la llamada del papa Inocencio XI para coaligarse contra el Imperio Otomano.

El ejército multinacional centroeuropeo se organizó bajo el mando indiscutible del polaco Juan III Sobieski y su caballería pesada, fuertemente motivado, pues para ellos se trataba de defender la cris-

tiandad. Kara Mustafa Pasha no consiguió cohesionar con tanta fuerza su propio ejército, también plurinacional, ya que las disensiones internas afloraron enseguida y fallaron entre otros el Khan de Crimea, que se sintió agraviado en varias ocasiones y no empleó sus 30.000 jinetes a fondo en la contienda, así como los aliados balaquianos y moldavos, que luchaban contra su voluntad como pueblo oprimido por Constantinopla.

Los otomanos ya habían comenzado el asalto en masa a Viena cuando la infantería polaca les atacó por el flanco derecho, pero lejos de desviarse de su objetivo, las fuerzas de relevo turcas siguieron entrando en la ciudad. Después de 12 horas de lucha, la caballería pesada de Sobieski, unos 20.000 jinetes que habían estado observando la batalla desde lo alto de la colina de Kahlenberg (el otro nombre conque se conoce la batalla), se abalanzó a la carga de madrugada sobre el grueso del ejército otomano acampado frente a las murallas.

El ataque estuvo liderado por el propio Sobieski, al frente de 3.000 lanceros húsares polacos. Esta carga rompió las líneas turcas, que ya estaban agotadas de por sí tras luchar sin cuartel durante horas. Además, los restos de la guarnición defensora de Viena se lanzaron al asalto junto a sus compañeros polacos. En menos de 3 horas, las fuerzas cristianas habían ganado la batalla y salvado Viena de la captura, mientras que los restos del ejército otomano huyeron hacia el sur y este. Tras el final de la batalla, Juan III Sobieski se dice que parafraseó a Julio César diciendo: "veni, vidi, Deus vicit" - "Llegué, ví, y Dios conquistó".

CONSECUENCIAS Y CONCLUSIONES

Los otomanos perdieron unos 15.000 hombres en la batalla de Viena, mientras que las fuerzas de los Habsburgo perdieron 4.000 soldados, 2.000 de ellos de nacionalidad polaca. Inmediatamente después de la victoria, se volvieron a reparar las murallas y fortificaciones de Viena, en espera de un posible contragolpe turco que nunca se produjo.

El 25 de diciembre de 1683, Kara Mustafa Pasha fue ejecutado en Belgrado por orden del comandante de los jenízaros, según la costumbre otomana de la época: fue estrangulado por una cuerda al cue-

HUSARES ALADOS

Cuando el rey de Polonia cargó frente a las murallas de Viena lo hizo al frente de una de las caballerías más brillantes del mundo. Compuesta por aristócratas que acudían al combate adornados con las piles de los animales salvajes que habían cazado y seguidos de varios sirvientes montados, armados con arcos y lanzas, el centro de su caballería estaba compuesto por los húsares alados.

Cada húsar entraba en combate armado por un sable, varias pistolas en la silla, un arma larga de fuego debajo de la misma, una espada para combatir desmontado, una larga lanza con la que rompía las cargas de la caballería enemiga y vestido con una lujosa armadura cuyo elemento más sobresaliente eran dos altas alas adosadas a la espalda, adornadas por plumas de águila o buitre. Esas alas de madera no sólo protegían su espalda y nuca de los sables contrarios sino que ayudaban a asustar a los caballos contrarios con el ruido de las plumas al viento. Acudían al combate vestidos con sus mejores joyas, como quien va a una fiesta. Y cuando finalmente llegaron y cargaron Viena fue una fiesta.

llo que varios hombres procedieron a tensar con todas sus fuerzas desde ambos cabos.

En los siguientes dieciséis años, gran parte de Hungría volvió a ser reconquistada por el imperio austríaco, y al Imperio Otomano no le quedó más remedio que firmar el Tratado de Karlowitz por el que cedieron toda posesión de Hungría y Transilvania. Este tratado marcó el principio del declive del Imperio Otomano que nunca volvería a ganar territorio en la Europa del Este, y afianzó a la monarquía de los Habsburgo como la potencia dominante en Centroeuropa..

Europa unida, por encima de las fronteras nacionales, es invencible. Esa es la lección que puede extraerse de esas tres batallas. Los europeos debemos confiar en nosotros mismos para nuestra defensa, debemos estar unidos porque nadie más nos protegera, debemos ver lo que nos une por encima de lo que nos separa y debemos recordar que, aunque de forma más insidiosa los viejos enemigos de Siglos pasados siguen acampados a nuestras fronteras.



LEPANTO

Gilbert Keith Chesterton
Traducción de Jorge Luis Borges

Blancos los surtidores en los patios del sol;
El Sultán de Estambul se ríe mientras juegan.
Como las fuentes es la risa de esa cara que todos temen,
Y agita la boscosa oscuridad, la oscuridad de su barba,
Y enarca la media luna sangrienta, la media luna de sus labios,
Porque al más íntimo de los mares del mundo lo sacuden sus barcos.
Han desafiado las repúblicas blancas por los cabos de Italia,
Han arrojado sobre el León del Mar el Adriático,
Y la agonía y la perdición abrieron los brazos del Papa,
Que pide espadas a los reyes cristianos para rodear la Cruz.
La fría Reina de Inglaterra se mira en el espejo;
La sombra de los Valois bosteza en la Misa;
De las irreales islas del ocaso retumban los cañones de España,
Y el Señor del Cuerno de Oro se está riendo en pleno sol.
Laten vagos tambores, amortiguados por las montañas,
Y sólo un príncipe sin corona, se ha movido en un trono sin nombre,
Y abandonando su dudoso trono e infamado sitial,
El último caballero de Europa toma las armas,
El último rezagado trovador que oyó el canto del pájaro,
Que otrora fue cantando hacia el sur, cuando el mundo entero era joven.
En ese vasto silencio, diminuto y sin miedo
Sube por la senda sinuosa el ruido de la Cruzada.

LEPANTO EN LAS ARTES Y LAS LETRAS

Aparte del tardío poema de Chesterton y de las referencias en la obra de Cervantes, que había estado allí, abundan las referencias a la Batalla de Lepanto en las artes y las letras de aquel periodo.

El compositor renacentista español Fernando de las Infantas compuso el *Canticum Moysis, Pro victoria navali contra Turcas.*

Existen varias representaciones pictóricas, incluyendo una de Veronese en el palacio del Dux de Venecia, en la Sala del Collegio, y otra Andrea Vicentino en las paredes de la Sala dello Scrutinio, del mismo palacio. Esta última reemplazaba a la Vittoria di Lepanto, de Tintoretto, destruida en un incendio en 1577. Tiziano pintó una Alegoría de la Batalla de Lepanto que ahora cuelga en el Museo del Prado de Madrid.

Fernando de Herrera compuso el poema *Canción en alabanza de la divina majestad por la victoria del Señor Don Juan* de 1572.

Mucho más tarde el novelista italiano Salgari citó la batalla en su novela *Il Lione di Damasco*, de 1910.

CHESTERTON

Chesterton era católico, anticomunista, anticapitalista, tenía sentido del humor y amaba el Mediterráneo católico. La gente le recuerda sobre todo por sus cuentos policiales en que un sacerdote resuelve crímenes mientras habla de filosofía de una forma tan sencilla que el lector no se da cuenta que está recibiendo una clase de filosofía.

Aparte de aquellos cuentos escribió numerosos poemas, un par de buenas novelas, varias biografías dignas de ser recordadas y múltiples ensayos en los que demostró, entre otras cosas su antipatía hacia la oligarquía inglesa que era no sólo mala e injusta sino además mezquina.

Murió en 1936, lo que entre otras cosas le ahorró perder las muchas simpatías que tenía en Inglaterra decantándose por el lado franquista… que lo hubiera hecho de seguro.

Antes había escrito una novela claramente fascista en todo, menos en nombre, llamada EL RETORNO DE DON QUIJOTE en la que se declaraba en contra de los izquierdistas pero más aún en contra del capitalismo inglés, de los oligarcas con título comprado y estaba a favor del obrero y el artesano...

Mugen los fuertes gongs y los cañones retumban,
Don Juan de Austria se va a la guerra.
Forcejean tiesas banderas en las frías ráfagas de la noche,
Oscura púrpura en la sombra, oro viejo en la luz,
Carmesí de las antorchas en los atabales de cobre.
Las clarinadas, los clarines, los cañones y aquí está él.
Ríe Don Juan en la gallarda barba rizada.
Rechaza, estribando fuerte, todos los tronos del mundo,
Yergue la cabeza como bandera de los libres.
Luz de amor para España ¡hurrá!
Luz de muerte para África ¡hurrá!
Don Juan de Austria
Cabalga hacia el mar.

Mahoma está en su paraíso sobre la estrella de la tarde
(Don Juan de Austria va a la guerra.)
Mueve el enorme turbante en el regazo de la hurí inmortal,
Su turbante que tejieron los mares y los ponientes.
Sacude los jardines de pavos reales al despertar de la siesta,
Y camina entre los árboles y es más alto que los árboles,
Y a través de todo el jardín la voz es un trueno que llama
A Azrael el Negro y a Ariel y al vuelo de Ammon:
Genios y Gigantes,
Múltiples de alas y de ojos,
Cuya fuerte obediencia partió el cielo
Cuando Salomón era rey.
Desde las rojas nubes de la mañana, en rojo y en morado se precipitan,
Desde los templos donde cierran los ojos los desdeñosos dioses amarillos;

Ataviados de verde suben rugiendo de los infiernos verdes del mar
Donde hay cielos caídos, y colores malvados y seres sin ojos;
Sobre ellos se amontonan los moluscos y se encrespan los bosques grises del mar,
Salpicados de una espléndida enfermedad, la enfermedad de la perla;
Surgen en humaredas de zafiro por las azules grietas del suelo,-
Se agolpan y se maravillan y rinden culto a Mahoma.
Y él dice: Haced pedazos los montes donde los ermitaños se ocultan,
Y cernid las arenas blancas y rojas para que no quede un hueso de santo
Y no déis tregua a los rumíes de día ni de noche,
Pues aquello que fue nuestra aflicción vuelve del Occidente.

Hemos puesto el sello de Salomón en todas las cosas bajo el sol
De sabiduría y de pena y de sufrimiento de lo consumado,
Pero hay un ruido en las montañas, en las montañas y reconozco
La voz que sacudió nuestros palacios -hace ya cuatro siglos:
¡Es el que no dice "Kismet"; es el que no conoce el Destino,
Es Ricardo, es Raimundo, es Godofredo que llama!
Es aquel que arriesga y que pierde y que se ríe cuando pierde;
Ponedlo bajo vuestros pies, para que sea nuestra paz en la tierra.
Porque oyó redoblar de tambores y trepidar de cañones.
(Don Juan de Austria va a la guerra)
Callado y brusco -¡hurrá!
Rayo de Iberia
Don Juan de Austria
Sale de Alcalá.
En los caminos marineros del norte, San Miguel está en su montaña.
(Don Juan de Austria, pertrechado, ya parte)
Donde los mares grises relumbran y las filosas marcas se cortan



Y los hombres del mar trabajan y las rojas velas se van.
Blande su lanza de hierro, bate sus alas de piedra;
El fragor atraviesa la Normandía; el fragor está solo;
Llenan el Norte cosas enredadas y textos y doloridos ojos
Y ha muerto la inocencia de la ira y de la sorpresa,
Y el cristiano mata al cristiano en un cuarto encerrado
Y el cristiano teme a Jesús que lo mira con otra cara fatal
Y el cristiano abomina de María que Dios besó en Galilea.
Pero Don Juan de Austria va cabalgando hacia el mar,
Don Juan que grita bajo la fulminación y el eclipse,
Que grita con la trompeta, con la trompeta de sus labios,
Trompeta que dice ¡ah!
¡Domino Gloria!
Don Juan de Austria
Les está gritando a las naves.

El rey Felipe está en su celda con el Toisón al cuello
(Don Juan de Austria está armado en la cubierta)
Terciopelo negro y blando como el pecado tapiza los muros
Y hay enanos que se asoman y hay enanos que se escurren.
Tiene en la mano un pomo de cristal con los colores de la luna,
Lo toca y vibra y se echa a temblar
Y su cara es como un hongo de un blanco leproso y gris
Como plantas de una casa donde no entra la luz del día,
Y en ese filtro está la muerte y el fin de todo noble esfuerzo,
Pero Don Juan de Austria ha disparado sobre el turco.
Don Juan está de caza y han ladrado sus lebreles-
El rumor de su asalto recorre la tierra de Italia.

Cañón sobre cañón, ¡ah, ah!
Cañón sobre cañón, ¡hurrá!
Don Juan de Austria
Ha desatado el cañoneo.

En su capilla estaba el Papa antes que el día o la batalla rompieran.
(Don Juan está invisible en el humo)
En aquel oculto aposento donde Dios mora todo el año,
Ante la ventana por donde el mundo parece pequeño y precioso.
Ve como en un espejo en el monstruoso mar del crepúsculo
La media luna de las crueles naves cuyo nombre es misterio.
Sus vastas sombras caen sobre el enemigo y oscurecen la Cruz y el Castillo
Y velan los altos leones alados en las galeras de San Marcos;
Y sobre los navíos hay palacios de morenos emires de barba negra;
Y bajo los navíos hay prisiones, donde con innumerables dolores,
Gimen enfermos y sin sol los cautivos cristianos
Como una raza de ciudades hundidas, como una nación en las ruinas,
Son como los esclavos rendidos que en el cielo de la mañana
Escalonaron pirámides para dioses cuando la opresión era joven;

Son incontables, mudos, desesperados como los que han caído o los que huyen
De los altos caballos de los Reyes en la piedra de Babilonia.
Y más de uno se ha enloquecido en su tranquila pieza del infierno
Donde por la ventana de su celda una amarilla cara lo espía,
Y no se acuerda de su Dios, y no espera un signo-
(¡Pero Don Juan de Austria ha roto la línea de batalla!)
Cañonea Don Juan desde el puente pintado de matanza.
Enrojece todo el océano como la ensangrentada chalupa de un pirata,

LITERATURA

El rojo corre sobre la plata y el oro.
Rompen las escotillas y abren las bodegas,
Surgen los miles que bajo el mar se afanaban
Blancos de dicha y ciegos de sol y alelados de libertad.

¡Vivat Hispania!
¡Domino Gloria!
¡Don Juan de Austria
Ha dado libertad a su pueblo!

Cervantes en su galera envaina la espada
(Don Juan de Austria regresa con un lauro)
Y ve sobre una tierra fatigada un camino roto en España,
Por el que eternamente cabalga en vano un insensato caballero flaco,
Y sonríe (pero no como los Sultanes), y envaina el acero...
(Pero Don Juan de Austria vuelve de la Cruzada.)

"Hombres como nosotros,que ganan victorias de las que está ausente la gloria,que sufren derrotas que nada pueden contra ellos, hombres así, son verdaderamente los precursores de los tiempos futuros".

Ernst von Salomon

Habla un veterano de Lepanto

DISCURSO DE LAS ARMAS Y LAS LETRAS

Miguel de Cervantes.

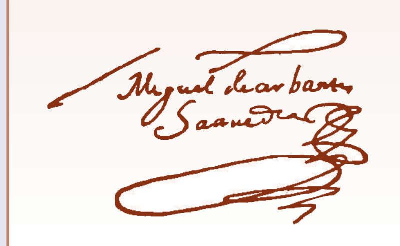
Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es más rico el soldado, y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la miseria de su paga, que viene o tarde o nunca, o a lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia. Y a veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frío, contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha: que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere y revolverse en ella a su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese, pues, a todo esto, el día y la hora de recibir el grado de su ejercicio: lléguese un día de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas, para curarle algún balazo que quizá le habrá pasado las sienes o le dejará estropeado de brazo o pierna. Y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba y que sea menester que suceda uno y otro rencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero, decidme, señores, si habéis mirado en ello: ¿cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? Sin duda habéis de responder que no tienen comparación ni se pueden reducir a cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas (que no quiero decir de mangas) todos tienen en qué entretenerse. Así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero a esto se puede responder que es más fácil premiar a dos mil letrados que a treinta mil soldados, porque a aquellos se premian con darles oficios que por fuerza se han de dar a los de su profesión, y a estos no se pueden premiar sino con la misma hacienda del señor a quien sirven, y esta imposibilidad fortifica más la razón que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto

CERVANTES

Si necesitas que te presentemos a Cervantes probablemente no estás leyendo estas páginas, sino que alguien te las está leyendo.

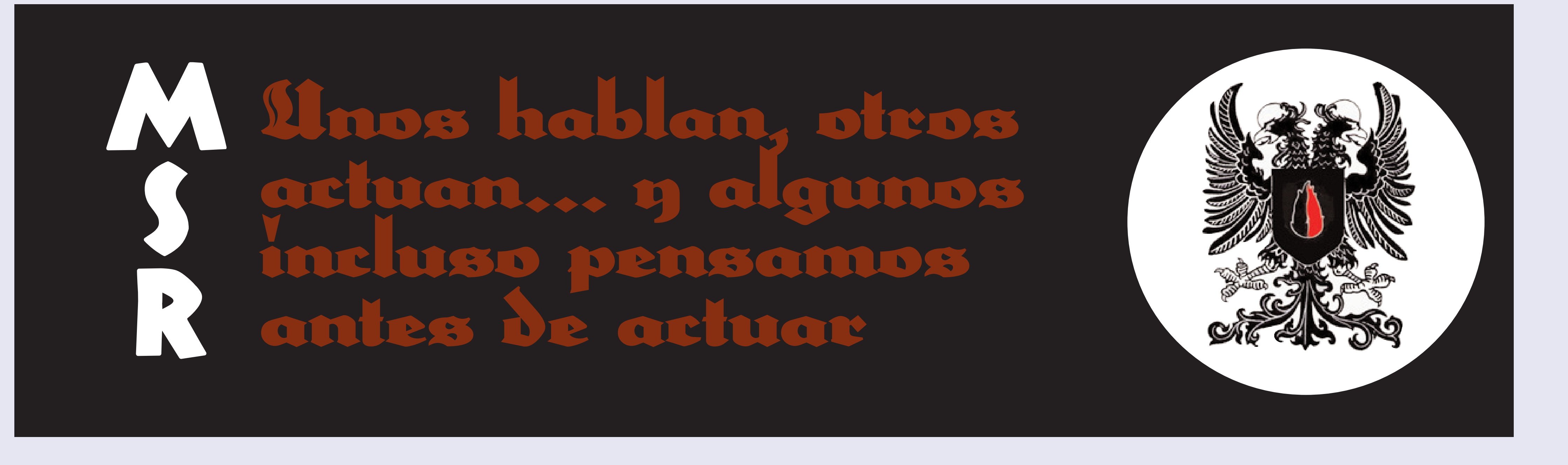
Hecho ya el chiste. Cervantes es recordado sobre todo como un escritor magnifico que tuvo poca suerte en su vida personal, pero pese a ello logró construir una de las más grandes novelas de la historia de la literatura.

Más olvidada está su faceta de soldado, e incluso de soldado de primera, sus combates y sus años de prisión en el Norte de África, capturado cuando combatía a los piratas norteafricanos, aliados del Imperio Otomano.



de muy dificultosa salida, sino volvamos a la preeminencia de las armas contra las letras, materia que hasta ahora está por averiguar, según son las razones que cada una de su parte alega. Y, entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios, y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra, el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas. Y es razón averiguada que aquello que más cuesta se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas a éstas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que a el estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida. Y ¿qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado que, hallándose cercado en alguna fuerza y estando de posta o guarda en algún revellín o caballero, siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer es dar noticia a su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, temiendo y esperando cuándo improvisamente ha de subir a las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala o hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacios, las cuales enclavijadas y trabadas no le queda al soldado más espacio del que concede dos pies de tabla del espolón; y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar: que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro

ocupa su mismo lugar; y si este también cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala (disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina) y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré más estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto a mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos.





LA SOMBRA DEL BUITRE

de Robert E. Howard

-¿Han sido esos perros convenientemente vestidos y cebados?
-Sí, Protector de los Creyentes.
-Pues que los traigan y que se arrastren ante la presencia.
Y fue de aquel modo como los embajadores, pálidos tras los muchos meses de prisión, fueron conducidos ante el trono de Solimán el Magnífico, sultán de Turquía, y el monarca más poderoso en un tiempo de monarcas poderosos. Bajo el gran domo púrpura de la sala real brillaba el trono ante el que temblaba el mundo entero... revestido de oro y con perlas incrustadas. La fortuna en gemas de un emperador adornaba el palio de seda del que colgaba una red de perlas brillantes rematada con un festón de esmeraldas. Aquellas joyas formaban como un halo de gloria por encima de la cabeza de Solimán. Sin embargo, el esplendor del trono palidecía ante la presencia de la centelleante silueta que en él se sentaba, ataviada de pedrerías y con un turbante cuajado de diamantes y rematado con una pluma de garza. Sus nueve visires se encontraban cerca del trono, en actitud humilde. Los soldados de la guardia imperial se alineaban ante el estrado... Solaks con armadura, plumas negras, blancas y escarlatas ondeando por encima de los dorados cascos. Los embajadores de Austria se quedaron pasablemente impresionados... tanto más cuando habían tenido nueve largos meses para reflexionar en el siniestro Castillo de las Siete Torres que dominaba el Mármara. El jefe de los embajadores se tragaba la cólera y disimulaba el rencor que sentía bajo una máscara de sumisión... una extraña capa reposaba en los hombres de Habordansky, general de Fernando, archiduque de Austria. Su cabeza, de duras facciones, parecía una incongruencia entre aquellos ropajes de seda brillante -un presente del despreciable sultán- que

parecían más un disfraz, estirando el cuello mientras le llevaban ante el trono unos robustos jenízaros que le sujetaban firmemente por los brazos. Así se presentaban ante el sultán los enviados de los países extranjeros desde aquel lejano día en Kossova en que Milosh Kabilovitch, caballero de la mutilada Servia, matase a Murad el Conquistador con una daga oculta entre sus vestimentas. El Gran Turco miró a Habordansky con poca consideración. Solimán era un hombre alto y delgado, de nariz fina y aguileña, de boca delgada y recta, cuya dureza apenas era ablandada por el colgante mostacho. La única semejanza con la debilidad residía en el cuello delgado y notablemente largo, pero aquella aparente debilidad era desmentida por las duras líneas de su cuerpo delgado y por el brillo de sus ojos negros. Había en él algo más que un rescoldo de sangre tártara... un justo título, pues era tanto hijo de Selim el Cruel como de Hafsza Khatun, princesa de Crimea. Nacido para la púrpura, heredero de la mayor potencia militar del mundo, llevando el casco de la autoridad y envuelto en el manto del orgullo, no reconocía en nadie que estuviera por debajo de los dioses a su par.

Bajo su mirada de águila, el viejo Habordansky agachó la cabeza para disimular la rabia feroz que le brillaba en la mirada. Nueve meses antes, el general había llegado a Estambul como representante de su señor, el archiduque, con propuestas de tregua y para poder disponer libremente de la corona de hierro de Hungría, arrancada de la cabeza del rey Luis, muerto en el sangrante campo de batalla de Mohacs, donde los ejércitos victoriosos del Gran Turco le habían abierto el camino que le conduciría directamente hacia Europa. Otro embajador le había precedido... Jerónimo Lasczky, conde palatino de Polonia. Habordansky, con la brusquedad de su raza, había reclamado la corona de Hungría para su señor, provocando con ello las iras de Solimán. Lasczky había pedido de rodillas la misma corona, como un mendicante, para entregársela a sus compatriotas en Mohacs. Lasczky había sido cubierto de honores, de oro y promesas de protección. A cambio, había tenido que dar tales prendas que atemorizaban su alma de ladrón... vendiendo a los subditos de su alianza para que fuesen convertidos en esclavos... abriendo la ruta al sultán a través de los territorios sometidos hasta conducirle al mismísimo corazón de la Cristiandad. Todo aquello había llegado a oídos de Habordansky, que espumeó de rabia en la prisión a que le había enviado la feroz cólera del sultán. En aquellos momentos. Solimán miraba con desdén al viejo y fiel general. Prescindió de la formalidad habitual de dirigirse a él por mediación de su Gran visir. Un turco de sangre real nunca habría reconocido que hablaba alguna de las len-

EL AUTOR

Aunque Howard es conocido sobre todo por sus obras de fantasia heroíca y como colaborador de Lovecraft en la creación de los Mitos de Cthultu, lo cierto es que en los últimos años de carrera se dedicó sobre todo al estudio del folklore texano y la novela histórica.

Durante el revival de Howard en los años setenta varios editores, sobre todos los de comics, convirtieron las historias de ambiente oriental del autor en cuentos de Conan el bárbaro.



LA PERSONAJE

Esta novela corta en concreto sirvió de base tanto para una serie de comics de la Marvel, en que Kaimbach se convierte en Conan y los turcos en hirkanios, y de inspiración para el personaje de la Marvel Comic Group llamado Sonja (en vez de Sonya) la Roja.

guas francas, pero Habordansky entendía el turco. Las observaciones del sultán fueron breves y sin preámbulos.
-Informa a tu amo que ya estoy listo para visitar sus tierras, y que si no quiere encontrarse conmigo ni en Mohacs ni en Pest, yo mismo iré a buscarle a las murallas de Viena. Habordansky se inclinó, sin responder, temiendo que su cólera explotase. Ante un gesto despectivo de la mano imperial, un oficial de la corte avanzó y le entregó al general una pequeña bolsa dorada con doscientos ducados. Cada miembro de su escolta, esperando pacientemente al otro lado de la sala, vigilados por las lanzas de los jenízaros, fue recompensado del mismo modo. Habordansky murmuró una frase de agradecimiento; sus manos nudosas se crispaban en el regalo con un inútil sudor. El sultán sonrió ligeramente, plenamente consciente de que el embajador le habría tirado de buena gana las monedas a la cara... si se hubiera atrevido. Levantó la mano a modo de despedida, pero se detuvo súbitamente al dirigir la mirada a los hombres que formaban el séquito del general... o, más exactamente, a uno de los hombres. Aquel hombre era mucho más alto que cualquier otro que hubiera en la sala. Robusto. Llevaba desgarbadamente los ropajes turcos con que le habían disfrazado. El sultán hizo un gesto y le llevaron ante él, sólidamente sujeto por los soldados. Solimán le consideró largamente. El traje turco y el voluminoso khalat no conseguían ocultar las duras marcas de su cuerpo firme y musculoso. Sus cabellos rojizos estaban cortados casi al rape; el rubio bigote caído enmarcaba un mentón decidido. Los ojos azules parecían extrañamente velados; era como si aquel hombre se hubiera dormido en pie, con los ojos abiertos.

-¿Hablas turco? -preguntó el sultán. Solimán le hacia a aquel hombre el sorprendente honor de dirigirse directamente a él. A pesar de toda la pompa de la corte otomana, el sultán aún conservaba algo de la naturalidad de sus ancestros tártaros. -Sí, Su Majestad -respondió el franco.
-¿Quién eres?
-Me llamo Gottfried von Kaimbach.
Solimán frunció el ceño. Inconscientemente, sus dedos llegaron hasta su hombro donde, bajo la túnica de seda, pudo notar los labios de una vieja herida.
-Nunca olvido una cara. He visto la tuya antes de ahora... en circunstancias tales que se ha grabado en mi memoria. Sin embargo, no consigo recordar cuáles fueron aquellas circunstancias.
-Estuve en Rodas -respondió el germano.
-Hubo muchos hombres en Rodas -respondió secamente Solimán.
-En efecto -admitió von Kaimbach tranquilamente-. De L'Isle Adam estuvo allí.

Solimán se tensó y sus ojos brillaron al oír el nombre del Gran Maestre de los Caballeros de San Juan, cuya encarnizada defensa de la ciudad de Rodas le había costado al turco sesenta mil hombres. Decidió, no obstante, que aquel franco no parecía lo bastante sutil como para que su observación implicase alguna pérfida burla. Despidió a los embajadores con un gesto de la mano.

Empujados por los guardias, se alejaron de la Presencia, reculando, y el incidente concluyó. Los francos dejarían Estambul celosamente guardados y conducidos hasta la más próxima frontera del Imperio. La advertencia del turco no tardaría en llegar hasta el archiduque y, haciendo buen caso de ella, los ejércitos de la Puerta Sublime se pondrían en marcha.

Los oficiales de Solimán sabían que el Gran Turco no se contentaría con poner a Zapoiya, aquel patán, en el conquistado trono de Hungría. Las ambiciones de Solimán abarcaban toda Europa... todo aquel Frankistán testarudo que, durante siglos, no había hecho otra cosa que enviar hacia Oriente hordas que cantaban y saqueaban. Los pueblos de Oriente, de naturaleza inconstante y fantasiosa, habían parecido varias veces maduros para la conquista musulmana, y si bien nunca habían logrado la victoria, tampoco habían sido conquistados. El mismo día en que los embajadores austriacos dejaron Estambul, Solimán, meditando sobre su trono, levantó la cabeza de finas facciones y le hizo a su Gran visir un gesto con la mano. El visir se acercó confiado. El Gran visir siempre estaba seguro de la aprobación de su señor. ¿Acaso no era su compañero en la bebida y amigo de la infancia del sultán? Ibrahim sólo tenía un rival que le disputara el favor de su amo... la joven rusa de cabellos rojizos, Khurrem la Alegre, la misma que toda Europa conocía como Roxelana. Los mercaderes de esclavos la habían arrebatado de casa de su padre, en Rogatino, y había conseguido convertirse en la favorita del serrallo del sultán. -Acabo de acordarme de dónde he visto a ese infiel -dijo Solimán-. ¿Te acuerdas de la primera carga de los Jinetes en Mohacs? Ibrahim tembló ligeramente ante aquella mención.

-Oh, Protector de los Creyentes, ¿cómo podría olvidar el día en que un infiel vertió la divina sangre de mi amo? -Pues recordarás que treinta y dos caballeros, los paladines de los nazarenos, cargaron impetuosamente contra nosotros, aceptando cada uno de ellos el tener que dar su vida para acabar con mi noble persona. ¡Por Alá, cargaron como hombres que fueran a su boda! Sus potentes destreros y sus largas lanzas derribaban y atravesaban a cuantos querían frenarles; sus armaduras desbarataban el más fino acero. Pero cayeron cuando retumbaron los fusiles de pedernal. Sólo quedaron tres a caballo... el caballero Marczali y dos compañeros de armas. Aquellos paladines segaron a mis solaks como si fueran trigo maduro... pero Marczali y uno de sus compañeros cayeron... casi a mis plantas. Solimán siguió hablando.

-Pero aún quedaba un jinete. El casco de visera se había caído de sobre su rostro y la sangre chorreaba por todas las junturas de su armadura. Lanzó su caballo recto hacia mí, haciendo girar la espada con las dos manos. ¡Juro por la barba del



Profeta que la muerte estuvo tan cerca de mi que pude sentir en la nuca el ardiente aliento de Azrael! Su espada centelleó como un rayo y se abatió sobre mi casco... el golpe medio me aturdió y empecé a sangrar por la nariz... Pero desvió el golpe y la espada me hendió la coraza en el hombro y me hizo esta herida que hoy todavía, cuando llegan las lluvias, me sigue molestando. Los jenízaros que le rodeaban por todos lados cortaron los corvejones de su caballo y cayó a tierra al tiempo que el animal. Los solaks que habían sobrevivido me apartaron de la batalla. Entonces apareció el ejército húngaro. No pude ver lo que le ocurrió a aquel caballero. Pero hoy he podido volver a verle. Ibrahim se sobresaltó y dejó escapar una exclamación de incredulidad.

-No, no puedo equivocarme... reconocí sus ojos azules. Cómo lo hizo, lo ignoro, pero sé que ese germano, Gottfried von Kaimbach, es el mismo caballero que me hirió en Mohacs.

-Pero, Defensor de la Fe -protestó Ibrahim-, las cabezas de todos aquellos caballeros fueron empaladas ante tu real tienda.

-Y las conté y nada dije entonces para evitar que los hombres pensasen que debía hacer caer sobre ti mi cólera -respondió Solimán-. Había solamente treinta y una cabezas. La mayoría estaban tan mutiladas que apenas podía ver sus rasgos. Pero, de un modo u otro, ese infiel que fue capaz de herirme escapó de la matanza. Me gustan los hombres valientes, pero mi sangre no es lo suficientemente vulgar como para un infiel pueda verterla con toda impunidad para que la chupen los perros. Ocúpate de ello. Ibrahim se inclinó respetuosamente y se retiró. Atravesó largos corredores y entró en una habitación embaldosada de azul; las ventanas, de arcadas de oro, daban a espaciosas galerías ensombrecidas por plataneros y cipreses, refrescadas por el borboteo del agua en fuentes de argentino sonido. Dio una orden y no tardó en reunirse con él Yaruk Khan, un tártaro de Crimea, una silueta impasible de ojos oblicuos, con una armadura de cuero lacado y bronce pulido.

-Yaruk -dijo el visir-, ¿ha visto tu mirada velada por el koumis al germano, a ese hombre alto al servicio del emir Habordansky... aquel cuya cabellera era tan roja como las crines de un león.

-Hablas de ese, noyon, al que llaman Gombuk. -El mismo. Lleva contigo un chambul de tus perros y alcanza a los francos. Vuelve con ese hombre y serás ampliamente recompensado. Las personas de los embajadores son sagradas, así que este asunto no es oficial -comentó cínicamente.

-¡Oír es obedecer! Con un saludo tan profundo como el que hubiera concedido al mismísimo sultán, Yaruk Khan salió de la sala reculando, dejando en soledad al segundo personaje del Imperio. Volvió unos días más tarde, manchado de barro y agotado por la larga cabalgada, pero sin la presa. Ibrahim lanzó sobre él una amenazante mirada. El tártaro se postró ante los cojines de seda en los que se sentaba el Gran visir, en la sala azul de ventanas con arcadas de oro.

-Gran Khan, no dejes que tu cólera se abata sobre tu esclavo. ¡No ha sido culpa mía, te lo juro por las barbas del Profeta! -Siéntate sobre los cuartos traseros y cuéntame tu historia -ordenó Ibrahim con deferencia.
-Esto es lo que pasó, señor -empezó Yaruk Khan-. Partí al galope. Los francos y su escolta me llevaban una considerable ventaja, pues habían viajado durante toda la noche sin detenerse. Sin embargo, conseguí alcanzarles al día siguiente, a mediodía. ¡Mas Gombuk ya no se encontraba entre ellos! Cuando me informé sobre él, el paladín Habordansky, por toda respuesta, profirió una serie de juramentos tan sonoros como el estallido de un cañón. Les pregunté a algunos de los miembros de la escolta que hablaban el mismo lenguaje que esos infieles y supe cuanto había pasado. Sólo me gustaría que mi señor recordase que no hago más que repetir las palabras de los spahis de la escolta, que son hombres sin honor y que mienten como...
-Un tártaro -concluyó Ibrahim. Yaruk Khan recibió el cumplido con una amplia sonrisa parecida a la mueca de un perro; luego, prosiguió.
-Mira lo que me dijeron. Al alba, Gombuk separó su caballo de los demás y el emir Habordansky le preguntó la razón. Gombuk se echó a reír como hacen los francos -¡ja, ja, ja!- y le contestó: "¡Ha sido muy ventajoso servirte! He podido descansar durante nueve meses en una prisión turca y Solimán me ha dado un salvoconducto hasta la frontera. ¡Ya no tengo por qué acompañarte!". "Perro", le contestó el emir. "Una guerra está a punto de empezar y el archiduque necesitará tu espada". "¡Qué el Diablo se lleve al archiduque!", le respondió Gombuk. "Si Zapoiya es un perro por no haber intervenido en Mohacs y haber permitido con ello que nos despedazaran, a nosotros y a nuestros aliados, Fernando no lo es menos. Cuando estaba sin blanca, puse mi espada a su servicio. Ahora que tengo doscientos ducados y estas ropas que puedo venderle a cualquier judío por un buen montón de monedas de plata, que el Diablo me lleve si vuelvo a desenvainar la espada por alguien mientras me quede un ducado. Pienso ir a la más próxima taberna cristiana; ¡tú y el archiduque podéis iros al mismísimo Infierno!". El emir le maldijo y le imprecó. Gombuk se alejó riendo -¡ja, ja, ja!- y cantando una canción sobre una cucaracha llamada...
-¡Basta! Los rasgos de Ibrahim estaban tan negros como su rabia. Se tiró violentamente de la barba pensando que aquella alusión a Mohacs confirmaba las sospechas de Solimán. Aquel asunto de las treinta y una cabezas -cuando debían haber sido treinta y dos- era algo que ningún sultán turco olvidaría jamás. Personajes de alta alcurnia habían perdido el puesto... y la cabeza, por cuestiones más insignificantes. El modo que había tenido Solimán de comportarse demostraba su casi increíble indulgencia y consideración hacia su Gran visir; pero Ibrahim, pese a su vanidad, era un hombre perspicaz y no deseaba que ninguna sombra, ni la más ligera, se interpusiera entre él y su soberano. -¿No podías seguir su pista, perro? -pre-

guntó. -Por Alá -juró inquieto el tártaro- que iba a la velocidad del viento. Franqueó la frontera llevándome varias horas de ventaja. Le seguí tanto como me atreví... -Basta de excusas -le interrumpió Ibrahim-. Busca a Mikhal Ogiu y dile que venga. El tártaro se fue dando las gracias. Ibrahim no solía ser tan tolerante cuando un hombre fracasaba en la misión encomendada. El Gran visir meditaba sombríamente, sentado en los cojines de seda, cuando la sombra de dos alas de buitre se extendió sobre el suelo de mármol. La delgada silueta de aquel a quien había enviado a buscar se inclinó ante él. El personaje cuyo solo nombre hacía temblar de horror a toda Asia occidental hablaba con voz dulzona y se movía con la ligereza de un gato; pero el mal absoluto de su alma se transparentaba en cada una de sus siniestras facciones y hacía brillar sus ojos oblicuos y estrechos. Era el líder de los akinji, jinetes crueles cuyas incursiones repartían el terror y la desolación por todas las regiones situadas más allá de las fronteras del Gran Turco. Llevaba la coraza y el casco recubiertos de gemas; las grandes alas de buitre habían sido fijadas a las hombreras de su cota de malla dorada. Aquellas alas se desplegaban al viento cuando lanzaba al galope su caballo; las sombras de la muerte y la destrucción se agazapaban bajo sus plumas. Era la punta de la cimitarra de Solimán, el más ilustre asesino de una nación de asesinos, quien se hallaba en presencia del Gran visir.

-No tardarás en preceder a los ejércitos de nuestro señor por las tierras de los infieles -le anunció Ibrahim- Recibirás la misma orden de siempre: golpear y no perdonar a nadie. Devastarás los campos y los viñedos de los cafaros, incendiarás sus aldeas, asaetearás a sus hombres y prenderás a sus mujeres. Las tierras que haya ante nuestros ejércitos victoriosos chillarán de dolor bajo tu talón de acero.

-Son noticias muy agradables de oír. Favorito de Alá -respondió Mikhal Ogiu con su voz suave y delicada. -Sin embargo, hay una orden dentro de otra orden -prosiguió Ibrahim, mirando fijamente al akinji-. ¿Conoces al germano von Kaimbach?

-Sí... Gombuk, como le llaman los tártaros.

-En efecto... Mi orden es la siguiente: sean cuantos sean los que combatan o huyan, vivan o mueran... ese hombre no debe vivir. Búscale y desenmascárale, esté donde esté, aunque tu búsqueda te lleve a las orillas del Rin. Cuando me traigas su cabeza, tu recompensa será tres veces tu peso en oro.

-Oír es obedecer, señor. Dicen que se trata del hijo errante de una noble familia germana rechazado por los suyos. Su pérdida sólo será lamentada por el vino y las mujeres. Hay quien afirma que fue en otros tiempos Caballero de San Juan antes de tener que dejar la Orden por sus borracheras y...

-Procura no subestimarle -cortó Ibrahim con tono severo-. Puede que sea un borracho, pero no se puede despreciar a un hombre que luchó al lado de Marczali. ¡No lo olvides!

-No habrá madriguera en la que pueda ocultarse para escapar de mí. Favorito de Alá -declaró Mikhal Ogiu-. No habrá noche lo bastante oscura, ni bosque lo bastante espeso como para ocultarle. Si no te traigo su cabeza, que él te envíe la mía.
-¡Basta! -dijo Ibrahim con una sonrisa, tirándose de la barba de contento-. Puedes retirarte. La siniestra silueta de alas de buitre salió de la sala azul con paso ligero y silencioso. Ibrahim no tenía la menor duda de que acababa de dar los primeros pasos de una lucha encarnizada que se desarrollaría durante años y en países lejanos... una guerra feroz y cruel cuyos negros torbellinos cubrirían los tronos, los reinos y a las mujeres de roja cabellera más bellas que las llamas del Infierno.

En una pequeña choza de techo de caña, en una aldea situada en las proximidades del Danubio, sonoros ronquidos se elevaban del camastro de paja en que yacía una forma envuelta en una capa hecha jirones. Era el paladín Gottfried von Kaimbach que dormía el sueño de la inocencia y del ale. El jubón de terciopelo, los bombachos de seda, el khalat y las botas de ante, regalos del desdeñoso sultán, no se veían por ninguna parte. El paladín llevaba un justillo de cuero ajado y una herrumbrosa cota de malla. Unas manos le sacudieron y le sacaron del sueño. Juró en tono somnoliento.
-¡Despiértate, señor! ¡Oh, despiértate buen caballero... puerco... perro! ¿Vas a levantarte de una maldita vez?
-Echame de beber, tabernero -murmuró el hombre todavía sumido en el sueño-. ¿Qué... quién...? ¡Ojalá y te muerdan los perros, Ivga! No me queda ni un solo aspro... ni una moneda. Se buena chica y déjame dormir. La joven empezó a sacudirle y a moverle por los hombros.
-¡Oh, qué zafio! ¡De pie, te digo! ¡Y coge la pica! ¡Se está preparando algo!
-Ivga -musitó Gootfried apartándola-. Llévale al judío mi casco. Te pagará lo suficiente para que podamos emborracharnos de nuevo.
-¡Imbécil! -gritó la joven, desesperada-. ¡No es dinero lo que quiero! ¡Todo el Este está en llamas y nadie sabe la razón! -¿Ha dejado de llover? -preguntó von Kaimbach, prestando, finalmente, cierto interés a lo que pasaba a su alrededor.
-Dejó de llover hace horas. Todavía puedes oír como gotea el chamizo. Toma la espada y sal a la calle. Todos los hombres de la aldea están borrachos perdidos, gracias a tus últimas monedas de plata, y las mujeres no saben ni qué pensar ni qué decir. ¡Ah! Aquella exclamación salió de sus labios al tiempo que un extraño brillo aparecía súbitamente, reluciendo a través de las fisuras de las paredes de la cabaña. El germano se puso en pie con un movimiento incierto, se ajustó rápidamente el cinto con que sujetaba la gran espada y se caló el abollado casco. Siguió a Ivga a la calle. Era una joven delgada. Descalza, llevaba por todo vestido un corto traje parecido a una túnica, cuyos largos desgarrones dejaban ver una buena extensión de carne blanca y reluciente. La aldea parecía muerta e inanimada. No había luz en ninguna parte. El agua caía



gota a gota de los alerones de caña de los tejados. Los charcos embarrados dispersos por la calle espejeaban sombríamente. El viento suspiraba y gemía de forma extraña a través de las ramas negras y húmedas por la lluvia de los árboles que rodeaban la aldehuela, como una tenebrosa muralla. Al sudeste, alzándose hacia un cielo plomizo, una luz púrpura y macilenta rasgaba las nubes frías y húmedas. Lloriqueando, Ivga se refugió en los brazos del germano. -Voy a decirte lo que es eso, Ivga -le dijo a la joven observando fijamente el rojizo brillo del cielo-. Son los demonios de Solimán. Han atravesado el río y están incendiando las ciudades. Ya he visto antes esos reflejos en el cielo. De hecho, esperaba que todo esto hubiera pasado antes, pero esas satánicas lluvias que nos han anegado durante semanas deben haberles hecho retrasar el ataque. Sí, son los akinji, y no se detendrán a este lado de Viena. Escucha, vas a ir aprisa y sin hacer ruido hasta el establo que hay detrás de la cabaña y me traes mi semental gris. Vamos a deslizamos como ratas a través de esos demonios. Mi caballo podrá llevarnos a los dos sin esfuerzo. -¡Pero los demás habitantes de la aldea...! -sollozó Ivga retorciéndose las manos.
-¡Bueno - dijo von Kaimbach-, que Dios les conceda el descanso a sus almas! Los hombres se bebieron mi ale de buena gana y las mujeres fueron bastante cariñosas... pero, por los cuernos de Satanás, ¡ese matalón gris no puede llevar a lomos toda una aldea!
-¡Vete tú si quieres! -replicó la joven-. ¡Yo me quedo para morir con los míos!
-Los turcos no te matarán -la hizo ver el germano-. Te venderán a algún viejo mercader de Estambul, gordo y grasiento, que no hará otra cosa que pegarte. Yo no pienso quedarme aquí para que me corten la garganta, y tú... Un grito horrible de la joven le hizo interrumpir el discurso. Se volvió vivamente y vio el más abyecto terror en los ojos desorbitados de Ivga. En el mismo momento, una choza, al otro lado de la aldea, se derrumbó presa de las llamas; las cañas húmedas ardían lentamente. Un concierto de gritos y aullidos feroces siguió a la exclamación de la joven. A la luz de las llamas había siluetas que bailaban y gesticulaban salvajemente. Gottfried escrutó las sombras y vio formas que escalaban y cubrían la pequeña muralla de lodo que la ebriedad y la negligencia de los aldeanos habían dejado desamparada.

-¡Maldición! -gruñó-. Esos condenados ya están aquí. Se han acercado a la ciudad amparados por las sombras... ¡Deprisa, sígueme! Agarró la blanca muñeca de la joven para arrastrarla tras él. La joven gritaba y se debatía, intentando soltarse, arañándole como un gato salvaje, loca de miedo. En aquel preciso instante, el muro de adobe se derrumbó muy cerca de ellos. Cedió al recibir el impacto de una veintena de caballos; sus jinetes se lanzaron al galope por las callejas de la condenada aldea. Sus siluetas se recortaban nítidamente sobre el creciente resplandor del incendio. Las cabañas ardían por

doquier; los gritos se alzaban mientras los invasores sacaban de las casas a las mujeres y a los hombres para rebanarles el cuello. Gottfried vio las delgadas siluetas de los jinetes, el brillo de las llamas reflejándose en las corazas; vio las alas de buitre en los hombros del que iba el primero. Reconoció a Mikhal Ogiu y vio cómo se alzaba en la silla y se lo señalaba a sus hombres con el dedo.
-¡Matadle, perros! -aulló el akinji. Su voz ya no era suave, sino estridente como el chirrido de un sable al ser desenvainado-. ¡Es Gombuk! ¡Quinientos aspros al hombre que me traiga su cabeza! Lanzando un juramento, von Kaimbach se lanzó hacia las sombras de la cabaña más próxima, arrastrando con él a la joven que no dejaba de gritar de miedo.
En el momento en que saltaba, escuchó el chasquido seco de la cuerda de un arco. Ivga soltó un rauco lamento y se derrumbó flojamente a los pies del germano. A la macilenta luz del incendio, vio el extremo emplumado de una flecha que aún temblaba por debajo del corazón de la joven. Con un sordo lamento, se volvió para enfrentarse a sus asaltantes, como un oso feroz rodeado de cazadores y dispuesto a librar un último combate. Permaneció en la misma postura durante unos instantes, con las piernas separadas, aspecto feroz, agarrando la inmensa espada con ambas manos. Luego, como un oso que evita combatir con los cazadores, dio media vuelta y huyó, rodeando la cabaña. Las flechas silbaban a su alrededor; algunas rebotaron en las mallas de su cota. No hubo disparos. La cabalgada a través del bosque rezumante de lluvia había mojado las cazoletas de pólvora de los akinji. Von Kaimbach rodeó la casucha, atento a los feroces aullidos que se oían tras él. Alcanzó la cuadra donde se hallaba su semental gris. Justo cuando llegaba a la puerta, alguien gruñó como una pantera desde las sombras y se abrió paso hacia él ferozmente. Detuvo el golpe alzando la espada y contraatacó con toda la fuerza de sus poderosos hombros. La larga espada se abatió y rebotó sobre el pulido casco del akinji para atravesar las mallas del jubón. Cortó el brazo del hombre a la altura del hombro. El musulmán se derrumbó con un gemido y el germano saltó por encima de la forma postrada sobre el suelo. El semental gris, loco de terror y excitación, relinchó estridentemente y se encabritó al tiempo que su dueño le saltaba a los lomos. No tenía tiempo de ensillar y embridar al animal. Gottfried clavó las espuelas en los estremecidos flancos del potente animal. Franqueó la puerta con la velocidad del rayo, derribando hombres a izquierda y derecha como si fueran simples bolos. El germano lanzó al caballo al galope hacia espacio abierto, iluminado por las llamas del incendio, entre las cabañas ardientes. El semental pisoteó los cuerpos que se encogían en el suelo, agitando a su jinete de la cabeza a los pies mientras franqueaba rápidamente los pantanos de agua enlodada. Los akinji corrieron hacia el caballero fugitivo, disparando flechas y aullando como lobos. Los que iban montados se lanzaron tras él y los que aún estaban a pie echaron a correr hacia la muralla donde dejaron sus monturas. Las flechas silbaban alrededor de la cabeza de Gottfried mientras guiaba a su corcel hacia el muro del oeste, que aún se alzaba en pie... y que era la única vía de escape-

que le quedaba. Era correr un riesgo inmenso, pues el terreno era resbaladizo y traidor y el caballo nunca había intentado un salto como aquel. Gottfried retuvo el aliento al sentir que el gran cuerpo que había bajo él tomaba impulso y se tensaba en plena carrera afrontando un salto casi imposible. Luego, con una torsión inconcebible de sus poderosos tendones, el semental saltó y franqueó el obstáculo con una escasa pulgada de margen.

Los perseguidores lanzaron aullidos de sorpresa y rabia y tiraron de las riendas de sus corceles. Aquellos hombres eran jinetes excelentes; pero no se atrevieron a intentar un salto tan peligroso. Perdieron un tiempo precioso buscando puertas o brechas en el muro de tierra. Cuando al fin salieron de la aldea, el bosque sombrío y susurrante, húmedo y chorreante de agua, se había tragado a su presa. Mikhal Ogiu juraba como un demonio. Confiando el mando de sus akinji a su lugarteniente, Othman, y tras dar instrucciones de matar a todos los habitantes de la aldea, partió en busca del fugitivo, siguiendo su pista por los enlodados senderos del bosque a la luz de antorchas. Estaba decidido a atrapar a aquel hombre aunque la caza le llevase ante los muros de Viena.

Pero tal no era la voluntad de Alá y Mikhal Ogiu no atrapó al germano en el bosque sombrío y rezumante de agua. Gottfried von Kaimbach conocía la región mejor que sus perseguidores; a pesar de su ardor, no tardaron estos en perder su pista en las tinieblas. El alba encontró a Gottfried avanzando por un país devastado y golpeado por el terror. Las llamas de un mundo ardiente iluminaban el horizonte, desde el este hasta el sur. La llanura estaba cuajada de fugitivos, titubeantes bajo el pesado fardo de sus irrisorias pertenencias, empujando ante ellos un ganado mugiente y atemorizado, como si fueran gente huyendo del fin del mundo. Las torrenciales lluvias que habían dado una falsa promesa de seguridad no eran capaces ya de retener el inexorable avance de los ejércitos del Gran Turco. Con un cuarto de millón de hombres, el sultán destruía las marcas orientales de la Cristiandad. Mientras Gottfried había estado de parranda en las tabernas de las ciudades aisladas, emborrachándose con el dinero regalado por el sultán, Pest y Buda habían caído. Los soldados germanos que defendían la última de aquellas ciudades habían sido masacrados por los jenízaros, pese a la promesa de Solimán de perdonarles... Solimán, al que los hombres llamaban el Generoso. Mientras Fernando, los nobles y los arzobispos se querellaban en la Dieta de Espira, sólo los elementos parecían luchar en favor de la Cristiandad. La lluvia caía a mares; los turcos avanzaban penosamente pero con obstinación, pese a los ríos desembocados que transformaban llanuras y bosques en pantanos llenos de barro. Se ahogaban en las aguas de los tumultuosos ríos salidos de su cauce y perdían enormes cantidades de municiones, vituallas y equipo cuando se hundían sus barcos, se derrumbaban los puentes y sus carros se atascaban. Pero, sin embargo, no dejaban de avanzar, empujados por la implacable voluntad de Solimán. En aquellos momentos, en aquel mes de septiembre de 1529, pisoteando los escombros de Hungría, los turcos se abalanzaban sobre Europa

mientras los akinji -los Devastadores- asolaban el país, como un viento furioso que precediera a la tormenta. Todo aquello lo supo Gottfried en parte gracias a los fugitivos mientras guiaba su extenuado caballo hacia la ciudad, el único refugio posible para aquellos millares de seres agotados. Tras él, el cielo se teñía de rojo por las llamas; el viento llevaba débilmente hasta sus oídos los gritos de los desgraciados que eran masacrados por los akinji. a veces, incluso podía ver las masas negras y hormigueantes de los crueles jinetes. Las alas del buitre se extendían horriblemente sobre aquella región mutilada; su sombra recubría Europa entera. El Destructor surgía de nuevo del Oriente misterioso de sombras azuladas, como sus hermanos lo habían hecho antes que él... Atila... Subotai... Bayazid... Mohammed el Conquistador. Sin embargo, nunca antes una tormenta como aquella había amenazado Europa. Ante las desplegadas alas del buitre, el camino se cubría de fugitivos gimientes. A sus espaldas, roja y silenciosa, se extendía una ruta sembrada de cuerpos mutilados que ya no podían gemir. Los asesinos se encontraban a menos de media hora de camino cuando Gottfried von Kaimbach, a lomos de su extenuado corcel, franqueó las puertas de Viena. Desde hacía varias horas, todos los que se amontonaban en las murallas estaban oyendo los lamentos que el viento llevaba hasta ellos lúgubremente. Ya podían ver a lo lejos cómo el sol se reflejaba en las puntas de las lanzas mientras los jinetes al galope se lanzaban desde las colinas hasta la llanura que rodeaba la ciudad. Vieron que las espadas resplandecían como guadañas entre trigo maduro. Von Kaimbach entró en una ciudad en ebullición. Los habitantes gritaban y se amontonaban alrededor del conde Nikolás Salm, el viejo guerrero de setenta años, quien estaba encargado de la guarnición de Viena, y de sus oficiales, Roggedendrof, el conde Nikolás Zrinyi y Paúl Bakics. Salm trabajaba movido por un ansia frenética, haciendo derribar las casas próximas a las murallas y utilizando sus materiales para consolidar los muros antiguos y poco consistentes. En ningún lugar su espesor sobrepasaba los seis pies; numerosos paneles estaban rajados y amenazaban con derrumbarse. La empalizada exterior era tan frágil que la habían bautizado como Stadzaun... el seto de la ciudad. Sin embargo, bajo la frenética dirección del conde Salm, los galvanizados defensores habían edificado un nuevo muro, de veinte pies de alto, que llegaba desde la puerta de Stuben a la de Karnthner. Fosos, al lado de los antiguos, fueron excavados y nuevas murallas fueron construidas desde el puente levadizo hasta la Puerta de Salz. Las vigas fueron arrancadas de los tejados para disminuir los riesgos de un incendio y los adoquines levantados para aligerar el impacto de los cañonazos. Los alrededores de la ciudad fueron desalojados. Habían sido incendiados para que no sirvieran de refugio a los asaltantes. Durante todos aquellos preparativos, incluso cuando los akinji llegaron al galope, hubo incendios declarándose por toda la ciudad, lo que añadió mayor confusión a la ya reinante. ¡Era como el infierno y el caos! En medio de aquel tumulto, cinco mil desafortunados civiles - viejos, mujeres y niños- fueron implacablemente rechazados por las puertas y dejados a su suerte. Sus gritos, cuando los akinji cayeron sobre ellos para hacerles pedazos, enloquecieron de terror a los-



que habíanse refugiado tras las murallas. Aquellos demonios llegaban a millares. Franquearon la cresta de las colinas para lanzar sus caballos a la bajada de las pendientes y arrojarse contra la ciudad, en grupos desordenados, como buitres que se reunieran alrededor de un camello moribundo. Menos de una hora después de la primera oleada de atacantes, no quedaba ni un solo cristiano vivo más allá de las murallas salvo aquellos que, sujetos con cuerdas atadas a los pomos de las sillas de los caballos, corrían como condenados para no caer y ser arrastrados hasta morir. Los salvajes jinetes galoparon alrededor de las murallas, aullando y disparando flechas. Los hombres apostados en las torres reconocieron al terrible Mikhal Ogiu gracias a las alas de la coraza. Observaron que iba de un montón a otro de cadáveres, examinándolos con avidez. Tirando de las riendas de su caballo, miró interrogativamente hacia los Parapetos. Mientras tanto, procedente del oeste, un grupo de mercenarios germanos y españoles se había conseguido abrir camino a través de las filas de los despiadados akinji. Entraron en la ciudad entre las aclamaciones de la multitud. Felipe el Palgrave marchaba a su cabeza. Gottfried von Kaimbach, apoyándose en la espada, les observó al pasar. Portaban centelleantes corazas y cascos con cimeras adornadas con plumas; largos mosquetes colgaban de sus hombros; pesadas espadas de dos manos se ceñían con correas a sus espaldas recubiertas de acero. Gottfried contrastaba con ellos vivamente, pues su cota de malla estaba oxidada, su equipo pasado de moda, cogido un poco por doquier, mal ataviado... parecía ser alguna forma surgida del pasado, herrumbrosa y macilenta, que observase el avance de una nueva generación, más brillante. Sin embargo, Felipe le reconoció y le saludó cuando la columna pasó junto a él. Von Kaimbach se dirigió hacia las murallas, donde los cañoneros tiraban con parsimonia contra los akinji, que mostraban cierta disposición para lanzarse al asalto de las murallas y lanzaban cuerdas con nudos corredizos hacia los morlones del parapeto. Pero, mientras avanzaba hacia su destino, se entero de que Salm estaba reclutando nobles y soldados para cavar fosas y emplearles en nuevos trabajos de parapetaje. Busco refugio en una taberna a cuyo tabernero, un valaquiano patizambo, obligó a fiarle. Empezó a beber y, al poco, estaba en un estado que nadie habría sido capaz de pedirle que ayudase a nada. Cañonazos, detonaciones y gritos llegaban hasta sus oídos, pero les concedía poca atención. Sabía que los akinji, una vez acabada la masacre, seguirían su camino para asolar la región que se extendía más allá de la ciudad. Supo, por las conversaciones de los clientes de la taberna, que Salm tenía veinte mil piqueros, dos mil jinetes y mil voluntarios -estos últimos, todos vieneses- que oponer a las armadas de Solimán, así como setenta piezas de artillería... cañones, bombardas y culebrinas. Las noticias sobre los efectivos del Gran Turco helaban de terror todos los corazones... excepto el de von Kambach. A su modo, era un fatalista. Sin embargo, descubrió algo de su desaparecida conciencia en el ale; poco después, meditaba sobre las personas a quienes aquellos malditos vieneses habían expulsado y condenado a una muerte atroz. Cuanto más bebía más melancólico estaba; lágrimas de embriaguez goteaban de las puntas de

su caído mostacho. Con un movimiento incierto, finalmente, se levantó y agarró la larga espada con la confusa intención de retar a duelo al conde Salm por aquel asunto. Concluyó con unos mugidos con las inoportunas reclamaciones del valaquiano y salió a la calle dando tumbos. Las torres y los campanarios se agitaban vertiginosamente ante sus propios ojos; todo el mundo le empujaba y le echaba a un lado mientras corrían en todas direcciones. Felipe el Palgrave surgió ante él con un chasquido de la armadura; las caras morenas y delicadas de sus españoles contrastaban sorprendentemente con los rasgos duros y rubicundos de los lansquenetes.
-¡Qué vergüenza, von Kaimbach! -dijo Felipe severamente-. Los turcos están a la puerta y tú ocultas la jeta dentro de un cubilete de ale.
-¿De qué jetas y de qué cubiletes de ale estás hablando? -preguntó Gottfried, titubeando y describiendo un semicírculo errático al tiempo que intentaba desenvainar la espada-. ¡Qué el Diablo te lleve, Felipe! Te voy a abrir el cráneo por lo que acabas de decir... El Palgrave ya había desaparecido. Gottfried se encontró al fin sobre la Torre de Arnthner, aunque no era capaz de recordar cómo había llegado hasta allí. Lo que vio le despejó de forma inmediata. Los turcos estaban efectivamente a las puertas de Viena. La llanura estaba recubierta de tiendas... treinta mil, afirmaban algunos, jurando que, desde lo más alto del orgulloso campanario de la catedral de San Esteban, un hombre no podía ver dónde acababa el campamento. Cuatrocientos navíos otomanos se balanceaban en las aguas del Danubio. Gottfried escuchó como los hombres maldecían a la flota austriaca, anclada e inmovilizada pues sus marineros, que llevaban ya mucho tiempo sin recibir el sueldo, se habían negado a efectuar las maniobras de desatraque. También se enteró que Salm no había respondido a la oferta de rendición de Solimán. En aquel momento, en parte para demostrar su poder y en parte para impresionar por el terror a los cafaros, el Gran Turco dio orden a su ejército de ponerse en marcha. Sus soldados avanzaron en cerradas y ordenadas columnas desfilando ante los muros de la antigua ciudad antes de empezar con el asedio propiamente dicho. Aquel espectáculo bastaba para impresionar al más valiente de los hombres. El sol, descendiendo lentamente por el horizonte, hacía brillar los cascos pulidos, las guardas adornadas con joyas de los sables, las puntas de las lanzas. Era como si un río de centelleante acero se desbordara lentamente, de un modo terrible, frente a las murallas de Viena. Los akinji, que habitualmente formaban la vanguardia del ejército, habían seguido su camino. En su puesto cabalgaban los tártaros de Crimea, inclinados en sus sillas de pomo puntiagudo y riendas estrechas. Sus cabezas de gnomo iban protegidas por cascos de hierro; sus cuerpos magros se revestían con corazas de bronce y petos de cuero lacado. Tras ellos avanzaban los azabs, la infantería irregular, kurdos y árabes en su mayor parte, formando un grupo abigarrado y salvaje. Luego, sus hermanos, los delis -los descerebrados-, hombres feroces a lomos de poneys robustos, fantásticamente adornados con pieles y plumas. Los jinetes llevaban bonetes y capas de piel de



leopardo; los largos cabellos les caían desgreñados y grasientos sobre los hombros y, por encima de las barbas trenzadas, les brillaban unos ojos que mostraban la locura del fanatismo y del bhang. Les seguía el grueso del ejército. Primero, los beys y los emires con sus propios hombres... jinetes e infantes de los feudos de Asia Menor. Luego, los spahis, la caballería pesada, sobre magníficos sementales. Y, por último, la verdadera fuerza del imperio turco... la más terrible organización militar del mundo... los tan temidos y odiados jenízaros. Los hombres les escupieron desde las murallas, movidos por negro furor, al reconocer en ellos a miembros de su propia raza. Pues los jenízaros no eran turcos. Salvo pocas excepciones -cuando sus padres turcos conseguían colar a sus hijos entre aquellas terribles legiones para ahorrarles la vida agotadora del campesinado-, aquellos hombres eran hijos de cristianos... griegos, servios, húngaros... educados desde la infancia e instruidos en el arte militar para poder engrosar las huestes del Islam. Y los jenízaros no reconocían más que a un solo amo, el sultán, y un solo oficio... masacrar. Sus imberbes facciones contrastaban vivamente con las de sus amos.

Muchos tenían los ojos azules y cabellos rubios. Pero en la cara de todos ellos se podía leer la implacable ferocidad de su tarea... aquella para la que habían sido educados. Bajo sus mantos de color azul oscuro brillaban las más finas cotas de malla; muchos de ellos llevaban cascos de hierro bajo sus curiosos sombreros altos y puntiagudos, de los que colgaba una pieza de tela, blanca y similar a la manga de un vestido, por la que pasaba una argolla de cobre. Largas plumas de aves del paraíso adornaban igualmente los curiosos tocados. Además de las cimitarras, pistolas y dagas, cada jenízaro llevaba al hombro un mosquete. Los oficiales llevaban al alcance de la mano un pequeño recipiente con brasas para encender las mechas. Recorriendo aquellas huestes rápidamente, los derviches iban y venían, vestidos solamente con kalpaks de piel de camello y extraños faldellines verdes con perlas de ébano, exhortando a los Creyentes. Músicos militares -un invento turco- avanzaban al lado de las columnas entre el estallido de los timbales y la melopea de los laúdes. Por encima de aquel océano que se enfurecía lentamente, flotaban y ondeaban las banderas... el estandarte púrpura de los spahis, la blanca bandera de los jenízaros con un sable de oro de doble hoja, y los estandartes con colas de caballo de los grandes dignatarios... siete el sultán, seis el Gran visir, tres el agha de los jenízaros. Solimán demostraba su potencia de aquella manera ante las consternadas miradas de los cafaros. Pero la mirada de von Kaimbach se fijaba en otra cosa: en los grupos que penaban por poner a punto la artillería del sultán. Sacudió la cabeza con estupor.

-¡Medias culebrinas, falcones y falconetes! - gruñó-. ¿Dónde diablos está toda esa artillería de la que el sultán está tan orgulloso...

-¡En el fondo de Danubio! -respondió un piquero húngaro con una mueca feroz, acompañando la respuesta con un salivazo-. Wulf Hagen consiguió hundir esa parte de la flota del sultán. El resto de su artillería real se ha entrampado en las lla-

nura, dicen, a causa de las lluvias. Una ligera sonrisa erizó los bigotes de Gottfried.
-¿Qué promesa le ha hecho Solimán a Salm? -Qué desayunará en Viena pasado mañana... el día veintinueve. Gottfried sacudió la cabeza lentamente.
El asedio comenzó entre el gruñido de los cañones, el silbido de las flechas y las terribles salvas de los mosquetes. Los jenízaros cargaron contra las afueras en ruinas de la ciudad, donde inmensos pedazos de pared todavía en pie ofrecían un cierto abrigo. Poco después del alba, avanzaron en orden, cubiertos por tropas irregulares y precedidos por una andanada de flechas incendiarias.
En una de las torretas del muro amenazado, apoyado en la gran espada y retorciéndose el mostacho pensativamente, Gottfried von Kaimbach observaba cómo se llevaban a un artillero de Transilvania; su cerebro rezumaba por un agujero en la sien. Un mosquete turco había hablado muy cerca de las murallas. La artillería de campaña del sultán aullaba, como perros de raucos ladridos, haciendo volar fragmentos de piedra de los parapetos. Los jenízaros avanzaban, ponían una rodilla en tierra, disparaban y recargaban mientras volvían a avanzar. Las balas golpeaban en los merlones y rebotaban, silbando rabiosas por encima de las cabezas de los defensores. Un proyectil se estrelló en la cota de malla de Gottfried, arrancándole un furioso gruñido. Volviéndose hacia el cañón cuyo servidor había sido muerto, tuvo ocasión de ver una silueta pintoresca e inesperada inclinada sobre la enorme culata. Era una joven vestida de un modo increíble. Pero von Kaimbach estaba acostumbrado a la extravagancia indumentaria de las jóvenes elegantes del reino de Francia. Era alta, magnífica y, aunque delgada, de una fortaleza enorme, Por debajo de un casco de acero escapaban unos cabellos rebeldes que la caían sobre unos hombros anchos como una cascada de oro rojizo centelleando al sol. Altas botas de cuero cordobés le llegaban hasta la mitad del muslo y en ellas llevaba introducidos los anchos pantalones. Llevaba una fina coraza anillada, de fabricación turca, metida por entre los pantalones. El delgado talle era ceñido por un ancho cinturón de seda verde en el que llevaba cruzadas dos pistolas y una daga y del que colgaba un largo sable de Hungría. Una capa escarlata colgaba indolentemente de sus hombros. Aquella sorpréndete silueta inclinada sobre el cañón estaba apuntando -con gestos que indicaban algo más que una familiaridad pasajera- hacia un grupo de turcos, ocupados en maniobrar la cureña de un cañón, para ajustar el tiro.
-¡Eh, Sonya la Roja! -gritó un soldado agitando la Pica-. ¡Mándalos al infierno!
-¡Confía en mí, camarada! -replicó la joven aproximando la mecha inflamada al orificio de la culata-. Aunque habría preferido tener a Roxelana por blanco...
Una terrible detonación cubrió sus palabras; un torbellino de humo cegó a todos los que encontraban en la torreta. El terrible retroceso del cañón, cargado hasta la misma boca, proyectó hacia atrás a su servidora. La joven cayó de espaldas, pero

no tardó en levantarse, como un muelle, para precipitarse hacia los miradores de la muralla. Atisbo ávidamente a través de las nubes de humo. Cuando se disipó, reveló los restos sanguinolentos de los cañoneros turcos. La enorme bala, más grande que la cabeza de un hombre, se había estrellado en el centro del grupo que maniobraba el falconete. Sus servidores yacían por el suelo, con el cráneo hecho papilla por el impacto o el cuerpo destrozado por los fragmentos de acero de su reventado cañón. Alegres exclamaciones se alzaron desde los torreones. La joven llamada Sonya la Roja lanzó un aullido de sincera alegría y esbozó unos cuantos pasos de un baile cosaco. Gottfried se acercó contemplando con una admiración sin disimulos el espléndido movimiento de los senos de la joven bajo la ligera cota de mallas, la curvatura de sus anchas caderas y sus miembros redondos. Tenía la misma postura que un hombre, orgullosamente plantada, con las piernas separadas y los pulgares metidos en el cinturón. Sin embargo, todo proclamaba en ella que se trataba de una mujer. Echóse a reír cuando le vio. Gottfried notó lleno de fascinación las luces que brillaban en sus ojos y el color que cambiaba de un momento a otro. La joven se echó hacia atrás las rebeldes mechas del cabello con una mano manchada de pólvora. A von Kaimbach le sorprendió ver el color claro y rosado de su piel allí donde no estaba sucia. -¿Por qué lamentaste no tener a Roxelana como blanco? -preguntó.

-¡Porque esa gata es mi hermana! -respondió Sonya. En aquel instante, un grito poderoso tronó por encima de las murallas. La joven se sobresaltó, como una bestia salvaje, y sacó vivamente la espada como si se tratase de un largo relámpago de plata.

-¡Ese grito! -exclamó-. ¡Los jenízaros!

Gottfried se precipitó hacia el parapeto. También él había escuchado antes el terrible aullido, capaz de helar la sangre, de los jenízaros lanzándose al ataque. Solimán estaba decidido a no perder el tiempo con aquella ciudad que le obstaculizada el avance hacia una Europa indefensa. Contaba con derrumbar los frágiles muros y apoderarse de Viena en el primer asalto. Los bashi-bazouki -las tropas irregulares- murieron como moscas cubriendo el avance del grueso de la armada. Los jenízaros pasaron por encima de sus cadáveres y se lanzaron contra Viena. Subieron al asalto, bajo el disparo de los cañones y las salvas de los mosquetes, franqueando los fosos con ayuda de escalas que usaban como puentes. Cayeron a cientos ante el fuego cruzado de los cañones vieneses. Pero llegaron al pie de las murallas. Las pesadas balas de los cañones pasaban silbando por encima de sus cabezas para causar horribles pérdidas en la retaguardia de sus fuerzas. Los mercenarios españoles, armados con mosquetes, apuntaban casi en vertical y cobraban un inmenso tributo. Pero, al fin, las escalas fueron apoyadas en los muros. Los soldados, dominados por una locura sanguinaria, empezaron a trepar hacia las almenas cantando. Las flechas silbaron, atravesando a los defensores. Desde detrás, las piezas artilleras turcas retumbaban destru-

yendo tanto a aliados como a enemigos. Gottfried, protegiéndose tras un merlón, fue derribado por un súbito y terrible impacto. Una bala había golpeado directamente en la almena, matando de golpe a media docena de defensores. Gottfried se levantó, medio aturdido, entre los cascotes y los cadáveres. Vio una marea humana que subía al asalto de las murallas, caras gesticulantes y exaltadas de ojos brillantes como de perro rabioso, y sables tan centelleantes como los rayos del sol en un lago. Separando las piernas y plantando sólidamente los pies en el suelo, blandió la pesada espada y la abatió violentamente. Le sobresalía la crispada mandíbula, tenía el bigote erizado por el furor. La hoja, de cinco pies de larga, hundió cascos de acero y cráneos, atravesó escudos y hombreras de hierro. Los hombres cayeron de las escalas, con los dedos inertes resbalando por los ensangrentados travesaños; Pero, a ambos lados, penetraban por el agujero. Un grito terrible anunció que los turcos habían llegado al muro. Pero ningún hombre se atrevió a abandonar su puesto para dirigirse hacia el lugar amenazado. Los sorprendidos defensores tenían la impresión de que Viena estaba rodeada por un centelleante y agitado océano rugiente que subía por momentos para anegar las condenadas murallas. Retrocediendo para evitar ser rodeado, Gottfried gruñía y golpeaba a derecha e izquierda. Sus ojos ya no estaban velados; ardían siniestramente, como carbunclos. A sus pies yacían tres jenízaros; su espada zumbada enfrentándose a un bosque de cimitarras. Un tajo resbaló sobre su bacinete, llenando su mirada de tinieblas llenas de fuego. Tambaleándose, contraatacó y sintió que su espadón cortaba y rompía huesos. La sangre le resbalaba por la mano y tuvo que arrancar la hoja con un brutal movimiento de torsión. Un aullido seco retumbó y alguien corrió a su lado. Escuchó el chasquido de las cotas de malla al recibir los impactos de un sable brillante, como un rayo de plata, que golpeaba ante él. Era Sonya la Roja que acudía en su socorro. Luchaba tan feroz y peligrosamente como una pantera. Sus asaltos se sucedían tan rápidamente que la mirada no era capaz de seguirlos; su espada creaba rayos de fuego blanco y los hombres se derrumbaban como la mies segada por la guadaña del campesino. Lanzando un sordo rugido, Gottfried se puso a su lado, cubierto de sangre y terrible, balanceando la espada. Ante aquel irresistible asalto, los musulmanes tuvieron que retroceder. Dudaron un instante, en el mismísimo borde del parapeto, y luego saltaron hacia las escalas y cayeron aullando al vacío. Un río de juramentos salía de los labios de Sonya. Reía salvajemente, mientras su sable cantaba y atravesaba los cuerpos, haciendo correr sobre las piedras una marea de sangre. El último turco que quedaba en la muralla lanzó un grito y paró un golpe frenéticamente cuando Sonya lanzó un terrible tajo hacia él. Soltando la cimitarra, las manos del hombre se asieron desesperadamente a la hoja de la espada de Sonya, rezumante de sangre. Con un gemido, el hombre vaciló en el borde del parapeto; la sangre le salía a chorros de los dedos horriblemente desgajados.

-¡Idos al Infierno, tú y tu alma de perro! -dijo la joven riendo-. ¡Qué el Diablo te dé de comer!

Con un hábil giro y un movimiento brutal, liberó la espada, cortando los dedos del desgraciado. Con un sordo lamento, el

musulmán cayó de espaldas hacia el vacío, con la cabeza por delante. Los jenízaros retrocedían por doquier desordenadamente. Las piezas de artillería que habían enmudecido mientras se luchaba en las murallas volvieron a dejar oír su canción. Los españoles, apostándose en las almenas, contestaron al fuego con sus largos mosquetes. Gottfried se acercó a Sonya la Roja. Jurando en voz baja, la joven limpiaba su sable. -¡Por Dios, muchacha -dijo von Kaimbach, tendiendo hacia ella una mano maciza-, si no hubieras acudido en mi ayuda, creo que esta noche habría cenado en el Infierno! Te agradezco que...

-¡Agradéceselo al Diablo! -replicó Sonya con un tono áspero, apartando la mano con un golpe seco-. Los turcos ya habían plantado pie en el muro. ¡Ni te imagines que arriesgué mi vida por salvar la tuya, compañero!

Luego, volviéndose con desprecio, moviendo turbulentamente los pliegues de la capa, se alejó con grandes zancadas y abandonó las murallas, respondiendo decidida y blasfemamente a las bromas de los soldados. Gottfried la vio alejarse, con la cara convulsa. Un lansquenete le dio una amigable palmada en el hombro.

-¡Esa chica es un verdadero demonio! ¡Por los clavos de Cristo, es capaz de tirar debajo de la mesa al más empedernido bebedor y jura mejor que un español! ¡No es lo que se podría llamar una verdadera mujercita de su casa! ¡Atacar... combatir... matar! ¡Eso es lo que más le gusta en el mundo!

-Pero, ¿quién es, en nombre del Diablo? -rugió von Kaimbach. -Sonya la Roja de Rogatino... es cuanto sabemos. Anda y pelea como un hombre... Sólo Dios sabe por qué. Jura que es la hermana de Roxelana, la favorita del sultán. Si los tártaros que raptaron a Roxelana se hubieran llevado a Sonya en su lugar, ¡por San Pedro!, Solimán no podría haberse hecho con ella. ¡Déjala tranquila, compañero, es una gata salvaje! ¡Vamos a bebemos unas jarras de ale! Convocados por el Gran visir, los jenízaros tuvieron que explicar por qué razón el ataque, cuando el muro había sido alcanzado en un lugar, había fracasado. Juraron que habían tenido que enfrentarse a un demonio que había tomado la forma de una mujer de cabellera roja ayudada por un gigante de coraza herrumbrosa. Ibrahim pasó por alto la descripción de la mujer; pero la descripción del hombre despertó un recuerdo medio olvidado por su mente. Tras despedir a los soldados, mandó llamar al tártaro Yaruk Khan y le envío a buscar a Mikhal Ogiu -que se hallaba en la región circundante- para que le preguntase porqué no había hecho llegar a la tienda real cierta cabeza.

Solimán no desayunó en Viena la mañana del día veintinueve. Se encontraba en las alturas de Semmering, ante su espléndido pabellón lleno de pináculos dorados, con su guardia personal formada por quinientos solaks, observando cómo sus piezas de artillería daban suaves picotazos contra los débiles muros. Veía que sus tropas irregulares perdían la vida como si fueran una riada que quisiese llenar los fosos. Los zapadores excavaban la tierra como si fueran topos, colocando minas

y contraminas cada vez más cerca de los bastiones.
En la ciudad, los asediados no tenían ni un instante de reposo. Las murallas estaban siempre, día y noche, llenas de hombres. En cuevas, los vieneses vigilaban las ligeras vibraciones de unos guisantes colocados sobre tambores para descubrir los trabajos de zapa de los turcos, que cavaban bajo sus muros para colocar las minas. Así enterados, colocaban sus contraminas en consecuencia. Los hombres no combatían bajo tierra menos ferozmente que sobre ella. Viena era una isla cristiana en un mar de infieles. Noche tras noche, los habitantes contemplaban el horizonte en llamas mientras los akinji saqueaban y devastaban el martirizado país. De vez en cuando llegaban noticias del mundo exterior... siempre llevadas por esclavos fugitivos que se refugiaban en la ciudad. Y siempre era para informarles de nuevas atrocidades. En la Alta Austria, no quedaba viva ni un tercio de la población; Mikhal Ogiu se estaba excediendo. Y se decía que buscaba a alguien en particular. Sus asesinos le llevaban las cabezas cortadas de los hombres para luego empalarlas ante su tienda. Miraba ávidamente los terribles restos y, luego, con desaprobación demoníaca, despedía a sus carniceros, encargándoles la comisión de nuevos horrores. Aquellos relatos, en vez de aterrorizar y paralizar a los austriacos, les inflamaban, les galvanizaban y les llenaban de un furor demencial nacido de la desesperación.
Las minas saltaban y abrían nuevas brechas y los musulmanes se volvían a lanzar al asalto. Pero todas las veces, los valerosos cristianos llegaban a las aberturas de los muros antes que ellos. Y, en la furiosa lucha cuerpo a cuerpo, ciegos, con la locura de las bestias salvajes, les hacían pagar en parte la deuda sangrienta que con ellos tenían los turcos. Septiembre declinó lentamente y dio paso a octubre. Las hojas amarillearon en la Wiener Waid; los vientos empezaron a soplar portando los primeros fríos. Por la noche, los centinelas se estremecían de frío en lo alto de las murallas al sentir la mordedura del hielo. Pero las tiendas seguían rodeando la ciudad y Solimán seguía instalado en su magnífico pabellón mirando fijamente el frágil obstáculo que cerraba todos sus deseos imperiales. Nadie, a excepción de Ibrahim, se atrevía a hablarle. Su humor era tan sombrío como las frías noches que descendían insidiosamente de las colinas. El viento que gemía en el exterior de su tienda era como un canto fúnebre para sus ambiciones de conquistador. Ibrahim le observaba atentamente. Tras un asalto inútil que duró desde el amanecer hasta mediodía, llamó a los jenízaros y les ordenó retirarse a las casas en ruinas de las afueras de la ciudad para que descansasen. Luego, le encargó a un arquero que disparase una flecha hacia un barrio determinado de la ciudad donde, ciertas personas, esperaban, precisamente, aquel hecho. Aquel día no hubo nuevos ataques. Las piezas de artillería que habían machacado la Puerta de Karnthner durante días fueron desplazadas y apuntadas al norte, para martillear sobre el Burgo. Cuando un asalto parecía inminente en aquella parte del muro, la mayor parte de los defensores era enviada allí. Pero el ataque no tuvo lugar; sin embargo, los cañones, hora tras hora, seguían tronando. Fuese cual fuese

la causa, los soldados dieron gracias al cielo por aquella tregua. Titubeaban de fatiga, agotados por la falta de sueño y exasperados por las numerosas heridas. Llegó la noche. La plaza mayor, el mercado de Am-Hof, era un hervidero de soldados observados con envidia por los habitantes de la ciudad. Acababan de descubrir una importante reserva de vino en las cuevas de un rico mercader judío. El judío esperaba haber triplicado sus beneficios cuando ya no quedase en la ciudad ni una gota de alcohol. Pese a sus oficiales, hombres casi medio locos hacían rodar los barriles por la plaza y, luego, los taladraban. Salm renuncio a intervenir para evitar aquella borrachera general. La embriaguez es preferible, musitó el viejo soldado. Por los menos, los hombres no caerían al suelo vencidos por el agotamiento. Pagó al judío con sus propios ducados. Los soldados bajaron de las murallas como hormigas para beber hasta la saciedad. A la luz de las antorchas y braseros, en medio de los gritos y canciones de los soldados totalmente borrachos -a las que, intermitente, un cañón hacia de coro-, von Kalmbach hundió el casco en una barrica y lo sacó, lleno hasta el borde y goteante. Hundiendo el bigote en el precioso líquido, se inmovilizó cuando sus ojos, ya enturbiados, por encima del borde del casco, se posaron en una silueta orgullosamente plantada al otro lado del tonel. Una expresión de resentimiento se dibujó en su rostro. Sonya la Roja ya había hecho los honores a más de una barrica. Llevaba el casco ladeado por encima de los rebeldes cabellos, andaba aún más altiva que nunca y su mirada era más burlona que en otras ocasiones.
-¡Ja! -gritó despectivamente-. ¡Pero si es el matador de turcos que hunde la nariz en una jarra de vino, como es costumbre! ¡Qué el Diablo se lleve a todos los sedientos! Dando prueba de muy buen juicio, hundió en el líquido púrpura un jarro con pedrerías incrustadas y lo vació de un trago. Gottfried se envaró con amargura. Ya había tenido con la joven una acalorada discusión; el desprecio de la joven le había herido en su amor propio.
-¿Por qué habría siquiera de mirarte, con la bolsa vacía y esa coraza herrumbrosa -se burló la joven el día anterior- cuando Paúl Bakics está loco por mí? ¡Déjame en paz, barril de cerveza, tonel de vino!
Al oír aquellas palabras, a Sonya le había dado un terrible acceso de cólera. Se separaron, dirigiéndose recíprocas imprecaciones. En aquel momento, y a juzgar por el brillo de sus ojos, Gottfried se dio cuenta de que la joven tenía intención de hacerle la situación muchísimo más desagradable. -¡Imbécil! -gruñó von Kaimbach-. ¡Te voy a ahogar en este barril!
-¡Ojalá y te devoren los perros del infierno, zorra! -rugió-. ¿Cómo voy a aplastarles el cráneo cuando ni siquiera atacan y les basta con disparar sus cañones? ¿Quieres que les tire la daga desde la muralla?
-Justo bajo la muralla, los hay a millares -replicó Sonya con la locura engendrada tanto por la bebida como por su fogosa naturaleza-. ¡Sólo hay que tener el estómago suficiente para ir a por ellos!
-¡Por Dios! -dijo el gigante, loco de rabia, sacando la espada-. ¡Ninguna joven estúpida me trata de cobarde, borracho o

no! ¡Voy a salir a buscarles aunque tenga que ir solo!
Un fuerte clamor siguió a su bramido. La multitud, dominada por la bebida, estaba dispuesta a una acción tan insensata como aquella. Los toneles casi vacíos fueron derribados cuando los soldados desenvainaron las espadas torpemente y se dirigieron tambaleándose hacia las puertas de la ciudad.
Wulf Hagen se abrió paso entre ellos, repartiendo puñetazos a diestro y siniestro. -¡Deteneos - rugió-, banda de borrachos! ¡Imbéciles! ¡No vais a salir en ese estado! ¡Parad...!
Le derribaron y le echaron a un lado violentamente para seguir avanzando como un torrente ciego y privado de razón.

* * *

El alba empezaba a apuntar por las colinas del este. Un tambor empezó a sonar en alguna parte del extraña mente silencioso campamento turco. A los centinelas otomanos se les desorbitaron los ojos y descargaron los mosquetes para alertar al campamento, aterrorizados por la horda de cristianos - unos ocho mil- que vomitaba el estrecho puente levadizo blandiendo las espadas y las jarras de ale. Mientras franqueaban los fosos, con los labios espumeantes, una formidable explosión dominó el estrépito. Una sección del muro, muy cerca de la Puerta de Karn-thner, pareció arrancarse y echar a volar por los aires. Un inmenso clamor se elevó del campamento turco; pero los atacantes no se detuvieron. Se dirigieron impetuosamente hacia los suburbios de la ciudad. Allí descubrieron a los jenízaros, no recién salidos de un pesado sueño, sino vestidos y armados, en pie, alineados ordenadamente antes de atacar. Sin dudarlo, se lanzaron contra las filas medio formadas de los turcos. Aunque muy inferiores en número, su furor debido a la embriaguez y su rapidez fueron irresistibles. Ante las hachas que se abatían locamente y aquellas espadas que desgarraban de un modo salvaje, los jenízaros, absortos, retrocedieron a la desbandada. Las afueras de la ciudad se convirtieron en un verdadero matadero. Los hombres, en lucha cuerpo a cuerpo, cortaban y tajaban, tropezando con los cadáveres mutilados y los miembros seccionados. Solimán e Ibrahim, desde la altura de Semmering, asistieron a la huida de los invencibles jenízaros que corrían sin control hacia las colinas. En el interior de la ciudad, los defensores trabajaban frenéticamente para reparar la gran brecha que la misteriosa explosión había abierto en el muro. Salm daba gracias al cielo por aquella insensata salida. Sin aquellos borrachos, los jenízaros habrían penetrado por el boquete antes incluso de que el polvo se hubiera posado. El campo turco era presa de la mayor de las confusiones. Solimán corrió hacia su caballo y gritó sus órdenes a los spahis, conduciendo la carga personalmente. Formaron los escuadrones y luego bajaron las colinas en perfecta formación. Los soldados cristianos, que seguían persiguiendo a sus enemigos en desbandada, fueron conscientes súbitamente del peligro Que les amenazaba. Los jenízaros no dejaban de correr



pero, desde los flancos, caía sobre ellos la caballería lo que les impediría cualquier vía de escape.
El miedo reemplazó a la temeridad debida a la embriaguez. Empezaron a replegarse. La retirada se convirtió en una carrera. Lanzando gritos de pánico, tiraron las armas y echaron a correr hacia el puente levadizo. Los turcos los siguieron hasta los fosos y, luego, intentaron perseguirlos por el puente levadizo hasta las puertas, que habían sido abiertas para recibir a los fugitivos. Sobre la explanada, Wulf Hagen y sus hombres se enfrentaron a los perseguidores y se batieron como demonios, impidiéndoles avanzar. La marea de fugitivos pasó a la altura de Wulf Hagen, corriendo hacia la seguridad. La caballería turca cayó sobre él como una roja oleada. El gigante recubierto de hierro fue devorado por un océano de lanzas. Gottfried von Kaimbach no deseaba abandonar el campo de batalla. Pero, pese a sus amargos juramentos, fue arrastrado por sus compañeros. Tropezó y cayó; sus camaradas, dominados por el pánico, le pisotearon en la carrera hacia el puente. Cuando dejó de sentir los pisotones, levantó la cabeza y vio que se encontraba cerca del foso. Estaba rodeado por los turcos; todos sus compañeros habían huido. Levantándose corrió pesadamente hacia los fosos y se hundió en el agua, contra todo pronóstico, al tiempo que veía por encima del hombro cómo un musulmán se lanzaba tras él. Volvió a la superficie, escupiendo y debatiéndose, y se dirigió hacia la orilla opuesta, pateando y levantando tanta espuma como un búfalo. El sanguinario musulmán iba tras él... un corsario de los Estados berberiscos, con tanta seguridad en el agua como en tierra firme. El empecinado germano no había soltado la espada y la coraza le retrasaba. Sin embargo, fue capaz de llegar a la orilla, a la que se agarró sin fuerzas e incapaz de defenderse. El corsario berberisco, como una tromba llegó sobre él, con una daga centelleando por encima del hombro desnudo. Pero alguien, a su lado, lanzó un sonoro juramento. Una mano delicada apuntó una pistola hacia el rostro del hombre. El árabe empezó a aullar cuando el disparó sonó; la cabeza desapareció, convertida en un amasijo de rojos jirones. Otra mano, fina pero vigorosa, agarró al germano por la espalda de la coraza antes de que se hundiera en el lodo.

-¡Sube a la orilla, borracho! -chirrió una voz deformada por el esfuerzo-. No puedo levantarte si no me ayudas un poco... ¡Debes pesar una tonelada! Soplando, sofocado y debatiéndose en el agua, Gottfried consiguió salir del foso, medio por sí mismo, medio gracias a la ayuda recibida. Manifestó sus deseos de tumbarse boca abajo para echar toda el agua que se había tragado, pero su salvador le incitó a levantarse lo antes posible. -Los turcos empiezan a cruzar el puente y nuestros compañeros nos van a cerrar la puerta en las narices... ¡date prisa, si no, estamos perdidos! Cuando hubieron cruzado la puerta, Gottfried miró a su alrededor como si despertase de un sueño.

-¿Dónde está Wulf Hagen? Le he visto defender el puente hace unos instantes con mucho valor.
-Ha muerto. Yace rodeado de veinte cadáveres turcos -le respondió Sonya la Roja. Gottfried se sentó sobre los escombros de un muro derribado. Impresionado, agotado y todavía atontado por los vapores del alcohol y el furor guerrero, hundió la cara en las enormes manos y empezó a sollozar. Sonya, con aire visiblemente disgustado, le dio una patada.
-En el nombre de Satanás, camarada, no te quedes ahí sentado como un colegial al que acaban de dar un azote. Tú y toda esa banda de borrachos os habéis portado como un grupo de redomados imbéciles, pero ya es tarde para remediarlo. Ven, vamos a bebemos unas jarras de ale en la taberna valona.

-¿Por qué me sacaste del foso? -preguntó Gottfried. -Porque un tipo como tú no es capaz de salir él solo de sus propios problemas. Me di cuenta hace ya tiempo que necesitabas a alguien experimentado, como yo, para mantener viva tu vieja piel.
-¡Pero si creí que me despreciabas! -Bueno, ¿acaso una mujer no tiene derecho a cambiar de opinión? -replicó Sonya secamente. Desde las murallas, los piqueros rechazaron a los enfurecidos musulmanes y les expulsaron de la brecha medio reparada. En el pabellón real, Ibrahim le explicaba a su amo que el Diablo había inspirado, sin lugar a dudas, aquella salida de soldados borrachos en el momento preciso para arruinar los planes tan cuidadosamente preparados por el Gran visir. Solimán, loco de rabia, se dirigió a su amigo con voz cortante por primera vez en su vida.
-No. Has fracasado. Acabemos con tus intrigas. Allí donde la astucia se ha mostrado vana, la fuerza bruta prevalecerá. Envía un mensajero a los akinji; su presencia es necesaria para reemplazar a los que han caído. Ordena que los ejércitos ataquen de nuevo. Los asaltos precedentes no fueron nada comparados con la tormenta que se abatió entonces sobre las tambaleantes murallas de Viena. Día y noche, los cañones tronaban y flameaban. Las bombas explotaban en los techos de las casas y en las calles. No había quien pudiera reemplazar a los que morían en las murallas. El espectro del hambre acechaba en las calles, el miedo a la traición se arrastraba por los callejones como si fuera una capa sombría. Minuciosas investigaciones permitieron establecer que la carga de explosivos que había destruido en parte el muro de Karnthner no había sido producto de los zapadores turcos. Se había hecho estallar una considerable cantidad de pólvora bajo el mismo muro, en una galería excavada desde una cueva cuya localización se ignoraba, en el interior de la ciudad. Uno o dos hombres, trabajando secretamente, habían bastado para colocar la mina. Resultaba evidente que el bombardeo intensivo del Burgo estaba destinado únicamente a apartar la atención del muro de Karnthner para permitir a los traidores trabajar sin correr el riesgo de ser descubiertos.

El conde Salm y sus oficiales se enfrentaban a una tarea de Titanes. El viejo comandante, dando pruebas de una energía sobrehumana, subía a las murallas, exhortaba a los hombres desmoralizados, acudía en socorro de los heridos, combatía al lado de los más simples soldados, mientras la Muerte golpeaba implacablemente. Pero si la Muerte cenaba en las murallas, se cebaba en la llanura. Solimán conducía a sus hombres al asalto tan implacablemente como si estuviera frente a su peor enemigo. La peste estaba entre ellos pues la devastada llanura no producía nada que comer. Los vientos fríos descendían ululando de los Cárpatos y los soldados se aterían en sus atavíos orientales. Durante las noches heladas, las manos de los centinelas se congelaban y el frío les pegaba los dedos a los cañones de los mosquetes. El suelo se volvió tan duro como el pedernal; los zapadores padecían lo indecible para poder cavar con las herramientas embotadas. La lluvia, mezclada con granizo, caía, apagando las velas, mojando la pólvora, transformando la llanura que rodeaba la ciudad en un agujero enlodado en el que el olor de los cadáveres en descomposición daba náuseas a los vivos. Solimán temblaba, como si estuviera siendo dominado por la fiebre, mientras paseaba la mirada por el campamento. Veía a sus guerreros agotados y huraños, arrastrándose por la llanura de barro. Parecían fantasmas bajo un lúgubre cielo de plomo. El hedor de los soldados muertos -que se podían contar por millares- llegaba hasta sus narices. En aquel preciso instante, el sultán tuvo la impresión de contemplar una llanura grisácea, recubierta de muertos, donde los cadáveres de cuerpos sin vida se dedicasen a alguna inútil tarea, desplazándose lentamente, animados solamente por la inexorable voluntad de su amo. Durante un momento, el tártaro -la herencia de sus antepasados- dominó al turco. Tembló de miedo. Luego, sus finas mandíbulas se crisparon. Los muros de Viena se tambaleaban vertiginosamente, dañados y agrietados en una veintena de lugares. ¿Por qué se mantenían aún?

-Llamad al asalto. ¡Treinta mil aspros al primer hombre que llegue a las murallas! El Gran visir abrió los brazos en un gesto de impotencia. -Nuestros soldados han perdido todo su valor. Ya no pueden seguir soportando las inclemencias de este país helado.

-¡Pues que les lleven a los pies de las murallas a latigazos! -replicó Solimán con un tono feroz- . Esa ciudad es la puerta que abre el Frankistán. Es el último obstáculo para mis sueños de imperio. Debemos apoderarnos de ella. ¡Sólo así tendremos libre el camino! Los tambores empezaron a retumbar por todo el campamento. Los extenuados defensores de la Cristiandad se levantaron y empuñaron las armas, galvanizados, comprendiendo instintivamente que el momento del combate decisivo había sonado. Los oficiales del sultán condujeron las huestes musulmanas hacia los rugientes mosquetes y las espadas dispuestas a golpear. Los látigos restallaban y los hombres aullaban y blasfemaban de un lado a otro de la línea de batalla. Exasperados, subieron al asalto de las murallas medio derruidas, cuajadas de inmensas brechas, pero, sin embar-

go, aún capaces de albergar a hombres resueltos. Carga tras carga, los turcos se abalanzaron contra la ciudad, cubrieron los fosos, se aplastaron contra las murallas medio caídas. Todas las veces retrocedieron, abandonando tras ellos montones de muertos. La noche cayó, pero pasó inadvertida. En el seno de las tinieblas, iluminadas por los relámpagos del cañón y el brillo de las antorchas, la batalla continuó. Impulsados por la terrible voluntad de Solimán, los atacantes lucharon durante toda la noche, sin obedecer la tradición musulmana. El alba fue como la de Armaguedón. Ante los muros de Viena se extendía una alfombra de muertos vestidos con acero. Sus plumas ondeaban al viento. Y entre los cadáveres titubeaban los atacantes, con los ojos hundidos, para luchar cuerpo a cuerpo contra los tenaces defensores. Las olas de acero golpeaban y se rompían y volvían a romper, hasta que los propios dioses debieron quedar estupefactos ante la tenacidad de aquellos hombres, por su indiferencia ante los sufrimientos o la muerte. Era el Armaguedón de las razas... Asia contra Europa. Alrededor de las murallas se agitaba un océano tumultuoso de rostros orientales... turcos, tártaros, kurdos, árabes, corsarios berberiscos... gruñendo, aullando, muriendo bajo las rugientes salvas de los mosquetes de los españoles, las picas de los austriacos, los golpes de los lansquenetes germanos que manejaban las espadas de doble hoja como si fueran guadañas.
Pero los que defendían los muros no eran más valerosos que los que se lanzaban a su asalto, tropezando en sus propios muertos. Para Gottfried von Kaimbach la vida se había reducido a una sola cosa... subir y bajar la pesada espada. Defendiendo la amplia brecha cercana a la Torre de Karnthner, luchó hasta que el Tiempo perdió todo su significado. Durante largos siglos, rostros rabiosos surgieron ante él, gesticulantes caras de demonios; las cimitarras centelleaban ante su mirada, eternamente. No sentía las heridas, ni la fatiga extrema. Jadeando en medio del sofocante polvo, cegado por el sudor y la sangre, le entregaba a la Muerte su rojo tributo, dándose apenas cuenta de que a su lado una forma esbelta como una pantera abatía el arma y golpeaba... al comienzo con risas, imprecaciones y cantos... luego, en medio de un opresivo silencio. Su identidad como individuo desapareció en aquel cataclismo de acero. Por un momento, fue vagamente consciente de que el conde Salm, que luchaba cerca de él, era mortalmente alcanzado por una bomba que explotó en el parapeto. No se dio cuenta de que la noche se deslizase insidiosamente sobre las colinas, ni descubrió hasta el final que la marea de atacantes dudaba, disminuía y luego se retiraba. Sólo se dio cuenta, de un modo confuso, de que Nikolás Zrinyi le apartaba de la brecha llena de cadáveres, diciéndole: -En el nombre de Dios, camarada, vete a dormir un poco. Les hemos rechazado... al menos, por el momento. Descubrió que avanzaba por una calle estrecha y tortuosa, oscura y apartada. No tenía la menor idea de cómo había llegado hasta allí. Le parecía recordar vagamente una mano que se apoyaba en su hombro y que le sujetaba y guiaba. Sintió el peso de la armadura en los agotados hombros. No sabría decir si el ruido que llenaba sus oídos era el rugido del cañón o la sangre que le latía en las sienes. Tenía la impresión de que tenía que empezar a buscar a alguien... a alguien

que le importaba mucho. Pero, en su espíritu, no había otra cosa que confusión. En alguna parte, en algún momento -parecía tan lejano-, un tajo le había golpeado en el casco. Mientras hacía un esfuerzo para reflexionar, le pareció sentir de nuevo el impacto de aquel terrible golpe y fue dominado por el vértigo. Se quitó vivamente el casco abollado y lo tiró a los adoquines de la calleja. La mano volvió a tirarle del brazo. Insistentemente, una voz le rogó: -Vino, señor... ¡bebe, bebe! Se dio cuenta vagamente de una delgada silueta, revestida con una negra coraza, que le tendía una copa. Con una exclamación áspera, la tomó y hundió la cara en el líquido, bebiéndolo como un hombre que se muere de sed. Algo explotó en su cerebro. La noche se llenó con un millón de relámpagos brillantes, como si un polvorín hubiese estallado en su cabeza. Luego llegaron las tinieblas y el olvido. Recobró lentamente el sentido, consciente de una sed torturadora, un violento dolor de cabeza y un extremo cansancio que parecía paralizarle los miembros. Tenía los pies y las muñecas sólidamente atados; estaba amordazado. Torciendo la cabeza para mirar hacia los lados, vio que se encontraba en una pequeña habitación, desnuda y polvorienta, de la que partía una escalera de caracol hecha de piedra. Dedujo que se encontraba en la parte inferior de una torre.

Dos hombres se inclinaban sobre una mesa groseramente tallada, en la que habían colocado una fuliginosa candela. Los dos eran delgados y tenían la nariz aquilina; llevaban trajes negros... asiáticos, sin lugar a dudas. Gottfried estuvo atento a la conversación en voz baja que mantenían. Había aprendido numerosos idiomas a lo largo de sus correrías. Y pudo reconocer a los dos hombres... Tshoruk y su hijo, Rhupen, comerciantes armenios. Recordó que había visto a Tshoruk muy a menudo a lo largo de la semana anterior... de hecho, desde el día en que las bombardas de Solimán aparecieron en el campo de batalla. Evidentemente, el mercader se había pegado a él como una sombra por alguna desconocida razón. Tshoruk estaba leyendo lo que escrito en un pedazo de pergamino.

-Mi señor, aunque hiciera saltar el muro de Karnthner en un momento poco propicio, tengo, sin embargo, buenas noticias que darte. Mi hijo y yo hemos capturado al germano, a von Kaimbach. Mientras se alejaba de las murallas, agotado por los combates, le seguimos y luego le guiamos sutilmente hacia la torre en ruinas, en el lugar que tú ya conoces. Le hemos hecho beber un vino drogado y luego le hemos atado convenientemente. Que mi señor envíe al emir Mikhal Ogiu hasta el muro que se alza cerca de la torre y le pondremos en tus manos. Vamos a atarle a la antigua ballesta y a tirarle por encima del muro como si fuera un tronco. El armenio tomó una flecha y empezó a enrollar el Pergamino alrededor del mástil. Lo ató con un delgado hilo de plata.

-Sube al techo y dispara la flecha hacia el mantelete, como de costumbre -le decía a su hijo Rhupen cuando este, interrumpiéndole, dijo: -¡Escucha! -y ambos se detuvieron. Los ojos les brillaban como los de las bestias dañinas caídas en una

trampa... temerosos, pero vengativos. Gottfried consiguió hacer resbalar la mordaza con movimientos de la boca. Oyó una voz familiar que le llamaba desde el exterior.
-¡Gottfried! ¿Dónde diablos estás? Von Kaimbach lanzó un rugido de león.
-¡Eh, Sonya! ¡En nombre del Diablo! ¡Atenta...! Tshoruk gruñó como un lobo y le golpeó salvajemente en la cabeza con el pomo de una cimitarra. Casi de forma instantánea, la puerta se derrumbó y voló hecha pedazos. Como en sueños, Gottfried vio la silueta de Sonya la Roja recortándose en el marco de la puerta, empuñando una pistola. Tenía aspecto tenso y huraño; sus ojos ardían como carbunclos. Había perdido el casco, y también la capa escarlata. Llevaba la coraza rota y llena de manchas oscuras, las botas arañadas, los pantalones de seda desgarrados y cubiertos de sangre. Tshoruk graznó y se lanzó sobre ella, blandiendo la cimitarra. Antes de que pudiera golpear, Sonya la Roja aplastó el cañón de la vacía pistola contra el cráneo del armenio, que cayó como un buey. Desde el otro lado, Ruphen intentó acuchillarla con una daga turca de hoja curvada. Soltando la pistola, Sonya la Roja agarró al joven oriental por el antebrazo. Actuando como en un sueño, obligó irresistiblemente a su adversario a retroceder, con una mano en la muñeca y la otra en la garganta. Mientras le estrangulaba lentamente, golpeó la cabeza del ¿oven armenio contra el muro varias veces... de forma implacable. Los ojos de Ruphen no tardaron en convulsionarse y su mirada se hizo vidriosa. Le soltó como si fuera un fardo y se el mercader se quedó tendido en el suelo cuan largo era, inmóvil.
-¡Vive Dios! -murmuró con voz áspera. Sonya la Roja titubeó unos instantes en el centro de la estancia, llevándose las manos a las sienes. Luego se acercó a Gottfried y, dejándose caer de rodillas, empezó a cortarle las ataduras. Sus gestos eran desmañados y el cuchillo cortó tanto las ataduras como la piel del germano.
-¿Cómo has podido encontrarme? -preguntó mientras se levantaba, todavía atontado. Sonya la Roja se tambaleó hasta la mesa y se dejó caer sobre una de las sillas. Había un jarro de vino cerca de su codo. Lo tomó ávidamente y se lo bebió de un trago. Se limpió la boca con la manga del jubón y, acto seguido, consideró a Gottfried con aire de cansancio. Pero, sin embargo, no tardó mucho en recobrar su vigor.
-Te vi dejar las murallas y te seguí. Estaba tan agotada por la batalla que apenas me daba cuenta de lo que hacía. Vi cómo esos perros te cogían del brazo y te llevaban por las callejas desiertas. Luego, dejé de verte. Pero encontré tu casco, tirado en la calle. Empecé a llamarte. ¿Qué demonios significa todo esto? Tomó la flecha abandonada sobre la mesa y se la desorbitó la mirada al ver el trozo de pergamino atado al mástil. Evidentemente, era capaz de descifrar los caracteres turcos; sin embargo, tuvo que leer el mensaje media docena de veces antes de su mente atontada por la fatiga descubriera lo que significaba. Su mirada se dirigió inmediatamente -y peligrosamente- hacia los hombres que había en el suelo. Tshoruk esta-

ba recobrándose y medio se sentó, todavía atontado. Se palpó delicadamente la herida en el cuero cabelludo. Rhupen estaba tendido en el suelo, vomitando y gimiente. -Atales, compañero -ordenó Sonya la Roja; y Gottfried obedeció. Los dos armenios se dejaron maniatar sin decir palabra. Parecían aterrorizados por la presencia de Sonya la Roja.

-Esta misiva está dirigida a Ibrahim, el Gran visir -dijo bruscamente la joven-. ¿Por qué quiere la cabeza de Gottfried? -Por una herida que le hizo al sultán, en Mohacs -murmuró Tshoruk con inquietud.

-Y fuiste tú quien hizo saltar la mina bajo el muro de Karnthner -declaró Sonya la Roja con una sonrisa sin alegría-. Tú y tu infame retoño... ¡vosotros sois los traidores que buscábamos! ¡Sois peores que los perros! Del cinturón sacó una pistola y la montó.

-Cuando Zrinyi esté al corriente de todo esto -siguió-, tu fin no será ni dulce ni rápido. Pero, primero, viejo cerdo, voy a darme el gusto de volarle la tapa de los sesos a tu maldito hijo... ante tus propios ojos... El viejo armenio emitió un estrangulado grito. -¡Dios de mis ancestros, piedad! ¡Mátame... tortúrame... pero perdona a mi hijo! En aquel instante, un nuevo ruido desgarró el anormal silencio... una gran algarada de campanas al vuelo.

-¿Qué es eso? -rugió Gottfried, llevándose la mano a la vacía guarda.

-¡Las campanas de San Esteban! -gritó Sonya la Roja-. ¡Proclamando nuestra victoria! Se lanzó hacia la quebrada escalera. Gottfried la siguió hasta lo alto de los peligrosos escalones. Salieron a un techo medio derruido y con numerosos agujeros. En la parte más sólida había una antigua máquina de guerra que servía para lanzar piedras, una reliquia de los tiempos pasados. Era evidente que había sido reparada no hacía mucho. La torre dominaba un ángulo de la muralla en el que no había vigilantes. Un panel de muro antiguo, un foso y un declive natural del terreno hacían de aquel un lugar casi invulnerable. Los espías habían podido intercambiar mensajes desde allí sin gran riesgo de ser descubiertos, y era fácil comprender por qué medio. En la parte baja de la pendiente, al alcance de un disparo de arco, se alzaba un enorme mantelete formado por pieles de toro armadas sobre una estructura de madera y que parecía abandonado al azar. Gottfried entendió que las flechas con mensajes se disparaban hacia aquel mantelete. Sin embargo, de momento, no le dio mayor importancia a todo aquel asunto. Toda su atención se concentraba en el campamento turco. En él, una creciente luminiscencia hacía palidecer las primeras luces del alba; por encima del demencial tañido de las campanas se alzaba el sonido del crepitar de las llamas, al que se mezclaban gritos del más absoluto terror.

-¡Los jenízaros están quemando vivos a sus prisioneros! -exclamó Sonya la Roja. -El amanecer del Juicio Final -murmuró Gottfried horrorizado por el espectáculo que contemplaba. Desde la atalaya podía ver casi toda la llanura. Bajo un cielo plomizo, gris y frío, teñido por las primeras hices de un alba de color púrpura, la explanada estaba cuajada de cadáveres

turcos hasta donde la vista podía alcanzar. Y el ejército de supervivientes se dispersaba rápidamente. El gran pabellón de Solimán, en las alturas de Semmering, había desaparecido. Las demás tiendas estaban siendo rápidamente desmontadas y plegadas. La cabeza de la larga columna ya había desaparecido en la lejanía, avanzando hacia las colinas en aquel alba helada. La nieve empezó a caer en ligeros copos. -Han lanzado su último asalto la noche pasada -le dijo Sonya la Roja a von Kaimbach-. Vi cómo los azotaban sus oficiales y cómo gritaban de miedo ante nuestras espadas. Son seres de carne y hueso... estaban ya al límite de sus fuerzas. La nieve siguió cayendo. Los jenízaros, locos de rabia, se vengaban en sus prisioneros. Lanzaban a las llamas a hombres, mujeres y niños -vivos- ante la mirada sombría de su amo, el monarca al que llamaban el Magnífico, el Misericordioso. Y, durante la horrible matanza, las campanas de Viena no dejaron de sonar, como si sus gargantas de bronce fueran a estallar.
-¡Mira! -gritó Sonya la Roja agarrando a su compañero por el brazo-. ¡Los akinji forman la retaguardia! Incluso a aquella distancia, podían ver dos alas de buitre yendo y viniendo entre las oscuras masas de soldados; la incierta luz se reflejaba sobre un casco cuajado de joyas. Las manos manchadas de pólvora de Sonya la Roja se crisparon; se hundieron sus uñas rotas y arruinadas en las palmas de sus manos. Escupió un juramento cosaco tan corrosivo como una gota de vitriolo. -¡Ese bastardo que ha hecho de Austria un desierto, se va! ¡Las almas de todos aquellos a los que ha masacrado no parecen pesarle mucho en sus malditos hombros alados! ¡En cualquier caso, viejo amigo, no se lleva tu cabeza!
-Mientras él viva, nunca estará muy segura sobre mis hombros -murmuró el gigantesco germano. Los penetrantes ojos de Sonya la Roja se convirtieron súbitamente en una delgada linea. Tomando a Gottfried del brazo y arrastrándolo tras ella, bajó los peldaños de la deshecha escalera de cuatro en cuatro. No vieron a Nikolás Zrinyi y a Paúl Bakics salir al galope por las puertas de la ciudad, seguidos por sus hombres vestidos con harapos, arriesgando la vida para ir a salvar a los prisioneros. El estrépito del acero retumbaba a lo largo de toda la columna. Los akinji se retiraban lentamente, librando un feroz combate en la retaguardia. Desdeñaban el coraje impetuoso de sus atacantes basándose en su superioridad numérica. Seguro en medio de sus jinetes, Mikhal Ogiu sonreía sardónicamente. Solimán, que avanzaba en el centro de la columna principal, no sonreía. Su rostro parecía la máscara de la muerte.
Tras bajar de la torre en ruinas, Sonya la Roja plantó un pie en una silla, luego, el mentón en el hueco de la mano, mirando fijamente los ojos de Tshoruk tamizados por el terror.
-¿Qué darías por poder salvar la vida? El armenio no respondió.
-¿Qué darías por salvar la vida de tu hijo?
El armenio se sobresaltó como si le hubieran picado.

-Perdona a mi hijo, princesa -gimió-. Te pagaré... todo lo que quieras... haré cualquier cosa. Sonya la Roja pasó una pierna elegantemente por encima de la silla y se sentó.

-Quiero que le lleves un mensaje a un hombre.

-¿Quién es ese hombre?

-Mikahi Ogiu.

El mercader tembló y se pasó la lengua por los labios.

-Dime lo que debo hacer y serás obedecida -susurró.

-Perfecto. Vamos a soltarte y a darte un caballo. Tu hijo se quedará con nosotros como rehén.

Si fracasas en tu misión, le entregaré a los vieneses para que se distraigan un rato...

El viejo armenio volvió a estremecerse.

* * *

La columna turca avanzaba por el fango lentamente, entre los torbellinos de nieve. Los caballos agachaban las cabezas bajo el impulso de las ráfagas de viento helado. De un lado a otro de las diseminadas líneas, los camellos gritaban y gemían; los bueyes mugían tristemente. Los hombres resbalaban en el barro, doblando la espalda bajo el peso de sus armas y equipo. La noche caía, pero no se dio ninguna orden de detenerse. Durante toda la jornada, el ejército en retirada había sido hostigado por los audaces coraceros austriacos que caían sobre ellos como avispas, liberando a los cautivos ante sus propias narices. Solimán avanzaba entre sus solaks con el rostro severo. Anhelaba poner entre él y los lugares que habían presenciado su primera derrota el mayor espacio posible, pues sólo así podría olvidar que en ellos se pudrían los cuerpos de treinta mil musulmanes que le recordaban que sus ambiciones se habían reducido a la nada. Era el señor de Asia occidental, pero nunca sería el dueño de Europa. Aquellas débiles y despreciadas murallas habían salvado al mundo occidental de la dominación musulmana, y Solimán lo sabía. Los truenos de la potencia otomana resonaban por todo el mundo, haciendo palidecer el esplendor de Persia y de la India mongola. Pero en Occidente, los bárbaros arios de rubios cabellos seguían invictos. No se había escrito que el Gran Turco pudiese reinar más allá del Danubio. Solimán había visto que aquello se escribía con letras de fuego y sangre mientras estaba en las alturas de Semmering y asistía a la desbandada de sus guerreros, que huyeron de las murallas pese a los latigazos crueles de sus oficiales. Para preservar su autoridad, había tenido que dar órdenes de levantar el campamento... y aquello le abrasó la lengua como si fuera hiel, pero sus soldados esta-

ban al limite y a punto de desertar. Avanzaba en silencio, rumiando sombríos pensamientos, sin dirigirle siquiera la palabra a Ibrahim. A su modo, Mikhal Ogiu compartía el salvaje desconsuelo de su amo. Fue con feroz repugnancia como le dio la espalda al país que había devastado, como si él mismo fuese una pantera, que, medio saciada, tiene que renunciar a una presa. Recordaba con satisfacción las ruinas calcinadas de las aldeas, las calles llenas de cadáveres, los aullidos de los hombres al ser torturados... los gritos de las jóvenes que se retorcían en sus brazos de acero. Y recordaba con el mismo placer los estertores de aquellas mismas mujeres entregadas a las manos manchadas de sangre de sus asesinos. Sin embargo, estaba decepcionado y atormentado por la idea de no haber cumplido con su misión... el Gran visir estaba furioso y le había dirigido hirientes palabras. Había perdido el favor de Ibrahim. Para un hombre menos importante, aquello habría representado el hacha del verdugo. Para él, significaba que tendría que realizar alguna meritoria tarea para, con ella, poder ganar nuevamente la confianza del visir. En aquel estado mental, era un hombre tan peligroso y temerario como una pantera herida. La nieve caía con grandes copos, aumentando las penalidades de la retirada. Los hombres heridos caían en el lodo para no volver a levantarse, cubiertos rápidamente por un grueso y blanco sudario. Mikhal Ogiu avanzaba con las últimas filas de guerreros, escrutando las tinieblas. Desde hacia varias horas, ningún enemigo se había presentado ante ellos. Los victoriosos austriacos habían dado media vuelta y regresado a Viena. Las columnas en retirada atravesaban lentamente una ciudad en ruinas. Las vigas calcinadas y los muros destruidos por las llamas formaban bajo la nieve un diseño oscuro. Se transmitió hasta la retaguardia la noticia de que el sultán deseaba seguir avanzando y acampar en un valle situado a pocas leguas de distancia. El rápido eco de unos cascos sobre la ruta que seguían hizo que los akinji aferraran firmemente las lanzas y lanzaran penetrantes miradas hacia las tinieblas, estrechando los párpados. Pero era el galope de un solo caballo y luego escucharon que una voz preguntaba por Mikhal Ogiu. Con una orden brutal, el Buitre contuvo el tiro de una docena de arcos y contestó con voz tonante. Un gran semental gris surgió entre los remolinos de nieve; una silueta envuelta en un negro manto se inclinaba grotescamente sobre el lomo del caballo.
-¡Tshoruk! ¡Eres tú, perro armenio! ¡Por Alá que...! El armenio condujo su caballo hasta Mikhal Ogiu y le susurró algo al oído con aspecto alterado. El frío atravesaba las ropas más gruesas. El akinji notó que el armenio temblaba violentamente. Los dientes le castañeteaban y no era capaz más que de farfullar. Sin embargo, los ojos del turco empezaron a relampaguear cuando escuchó la totalidad del mensaje.
-Perro, ¿no me estarás contando una mentira?
-¡Qué me queme en el Infierno si miento! - Un violento temblor sacudió a Tshoruk al pensar que podría arder envuelto en su propio caftán-. Se ha caído del caballo al efectuar con los coraceros una incursión contra vuestra retaguardia. Está acos-



tado, con una pierna rota, en una cabaña abandonada, a tres leguas de aquí... está solo con su amante, Sonya la Roja, y tres o cuatro lansquenetes. Están totalmente borrachos... se han bebido todo el vino que han encontrado en el campamento abandonado. Mikhal Ogiu giró el caballo, con una rápida decisión.

-¡Veinte hombres conmigo! -ladró-. Que los demás continúen con la columna principal. Voy a buscar una cabeza que vale su peso en oro. Os alcanzaré antes de que hayáis montado el campamento. Othman retuvo el caballo de su amo por las riendas cubiertas de pedrerías.

-¿Has perdido la razón? Volver atrás cuando toda la región nos sigue los pasos... Se tambaleó en la silla cuando Mikhal Ogiu le golpeó en la boca con la fusta. El Buitre hizo girar a su caballo y se alejó al galope, seguido por los hombres a quienes había señalado. Como fantasmas, desparecieron en las insanas tinieblas. Othman les vio alejarse en la noche, indecisos. La nieve seguía cayendo, el viento gemía lúgubremente entre las desnudas ramas. No había más ruidos que los que producía la columna que caminaba lentamente a través de la ciudad en ruinas. Pronto, no hubo ni siquiera aquellos. Othman se sobresaltó. A lo lejos, procedentes del camino que acababan de seguir, llegaron los ladridos de cuarenta o cincuenta mosquetes disparando al mismo tiempo. En el extremo silencio que siguió a las detonaciones, Othman y sus guerreros se sintieron dominados por el pánico. Dando la vuelta frenéticamente, huyeron de la ciudad en ruinas para unirse a la horda que se retiraba.

* * *

La noche caía sobre Constantinopla, pero nadie lo percibió, pues el esplendor que Solimán daba a la noche la hacía tan gloriosa como el día. En los jardines, que eran un derroche de flores y perfumes, los braseros centelleaban como millones de luciérnagas. Los fuegos artificiales con vertían la ciudad en un reino de magia en el que se alzaban los minaretes de quinientas mezquitas, como las torres de fuego en el seno de un espumeante océano de oro. Sobre las colinas de Asia, los tribeños observaban, con la boca abierta, preguntándose lo que sería aquel resplandor que palpitaba y atemorizaba al león, haciendo palidecer hasta a las estrellas. Innumerables multitudes, todos ataviados con trajes de fiesta y gala, se apretujaban por las calles de Estambul. Las luces brillaban a millones en las gemas que adornaban los turbantes y los khalats de rayas... sobre los negros ojos que centelleaban por encima de diáfanos velos... sobre los palanquines ricamente adornados que llevaban a hombros gigantescos esclavos de pieles de ébano. Todo aquel esplendor emanaba del Hipódromo donde, en pomposos espectáculos, los jinetes de Turkistán y Tartaria se medían con los de Egipto y Arabia en carreras que dejaban sin aliento, donde guerreros revestidos con brillantes armaduras se enfrentaban y derramaban la sangre sobre la arena, donde hombres armados con una simple espada se enfrentaban a bestias salvajes, leones y tigres de Bengala y gigantescos

jabalíes de los bosques nórdicos. Contemplando aquellas escenas grandiosas, podría creerse que lo más fastuoso de la Roma Imperial había sido resucitado en un decorado oriental. En un trono de oro, plantado sobre dos columnas de lapislázuli. Solimán se sentaba indolentemente, paseando la mirada por aquellos esplendores, como los emperadores romanos de purpúrea toga habían hecho antes que él. A su alrededor se postraban sus visires y oficiales, los embajadores de las cortes extranjeras...
Venecia, Persia, India, los kanatos de Tartaria. Todos estaban allí... incluso los venecianos... para felicitarle por su victoria sobre los austriacos. Porque aquella gran fiesta era para celebrar una victoria, como había sido anunciado en una proclama escrita de propia mano por el sultán. En ella decía que los austriacos se habían doblegado y pedido perdón de rodillas pero que, como los reinos de Germania estaban tan lejos del Imperio Otomano, "los Creyentes no veían ningún sentido en limpiar la fortaleza de Viena, purificarla, reconstruirla y embellecerla". Por aquella razón, el sultán había aceptado la simple sumisión de los despreciables germanos y les había permitido que siguieran disfrutando de su miserable fortaleza. Solimán cegaba los ojos del mundo con el brillo de sus riquezas y de su gloria, e intentaba convencerse a sí mismo de que realmente había conseguido cuanto anhelaba hacer. No había sido vencido en el campo de batalla; había puesto a una marioneta en el trono de Hungría; había devastado Austria; los mercados de Estambul y Asia eran un hervidero de esclavos cristianos. Había embalsamado su orgullo herido y olvidado deliberadamente el hecho de que treinta mil de sus súbditos se pudrían ante las murallas de Viena y que sus sueños de conquistar Europa yacían en el suelo. Tras el brillante trono, los trofeos de la guerra... estandartes de seda y terciopelo arrancados a los persas, a los árabes, a los mamelucos de Egipto; tapicerías sin precio tejidas con hilo de oro. A sus pies se amontonaban los presentes y tributos de los príncipes aliados y vasallos. Túnicas de terciopelo de Venecia, copas de oro con gemas incrustadas procedentes de la corte del Gran Mongol, caftanes bordados con oro de Erzeroum, jades tallados de Catay, armaduras de plata de Persia con cimeras de crin de caballo, turbantes de Egipto en los que habían sido engarzadas las gemas hábilmente, curvas espadas de acero templado de Damasco, mosquetones de plata labrada de Kabul, corazas y escudo de acero indio, pieles preciosas de Mongolia. El trono estaba rodeado, de un lado a otro, por una larga hilera de jóvenes esclavos, atados con collarines de oro a una larga cadena de plata. Una hilera estaba formada por hombres, griegos y húngaros; la otra de mujeres. Sólo vestían cofias de plumas y adornos enjoyados,



La Roxelana real. Favorita del Sultan Turco, y, en la novela, hermana de Sonya, la roja

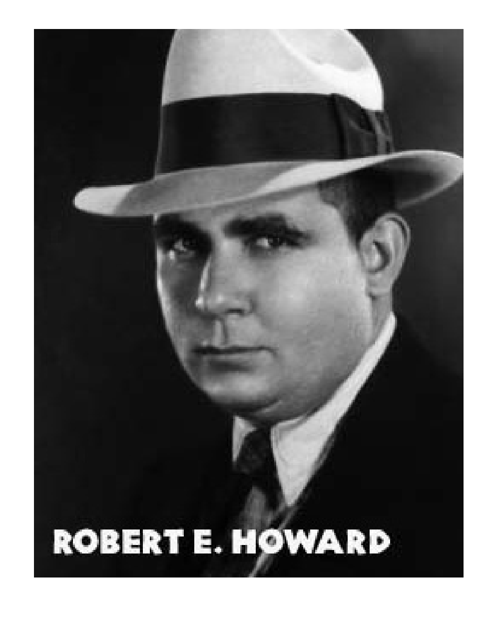


Esta novela fue publicada originalmente en enero de 1934 en **The Magic Carpet Magazine**

para resaltar su desnudez. Eunucos de flotantes vestidos, con los ventrudos cuerpos ceñidos por cordones de hilos de oro, se arrodillaban y ofrecían sorbetes en cálices de pedrería, refrescados con nieve llevada de las montañas de Asia Menor, a los huéspedes reales. Las antorchas bailaban y vacilaban al compás de los rugidos de la multitud. Los caballos pasaban al galope ante las tribunas, volaba la espuma de sus entreabiertas bocas. En el centro de la arena, castillos de madera eran presa de las llamas cuando los jenízaros practicaban sus simulacros de batalla. Los oficiales iban y venían entre la multitud, que gritaba feliz, tirándola piezas de plata y cobre como si fueran gotas de una resplandeciente lluvia. Aquella noche, nadie tenía hambre ni sed en Estambul... salvo los miserables cafaros cautivos. Los enviados extranjeros habían quedado impresionados vivamente, estupefactos ante aquel océano de esplendor y el estallido de la magnificencia imperial. Alrededor de la inmensa arena, avanzaban pesadamente los elefantes, desapareciendo sus cuerpos bajo caparazones de cobre y oro; desde las torres adornadas con joyas plantadas en sus lomos, los músicos entonaban aires marciales y, junto al resonar de las trompetas, rivalizaban con el clamor de la multitud y el rugido de los leones. Las gradas del Hipódromo estaban cubiertas por un mar de rostros, todos vueltos hacia la silueta cubierta de pedrerías que se sentaba en el trono. Millares de gargantas gritaban y aclamaban con frenesí. Si había impresionado a los enviados de Venecia, Solimán sabía que impresionarla al mundo entero. En medio de aquella demostración de magnificencia, los hombres olvidarían que un puñado de atrevidos cafaros, protegidos tras una muralla en ruinas, le habían cerrado para siempre las puertas de un Imperio. Solimán aceptó una copa del vino prohibido por el Profeta y luego le dijo unas cuantas palabras al oído al Gran visir.

-Invitados de mi amo, el padischah, no olvida a los más humildes en este momento de gozos. A los oficiales que condujeron sus ejércitos contra los infieles, les ha hecho los más ricos regalos. Ha dado doscientos cuarenta mil ducados para que sean repartidos entre los simples soldados, y a cada jenízaro le ha entregado una suma de mil aspros. En el seno del clamor que se alzó, un eunuco se arrodilló ante el Gran visir, presentándole un paquete de forma redondeada, cuidadosamente envuelto y cerrado. Un pedazo de pergamino doblado iba unido a él con un sello de lacre rojo. Atrajo la atención del sultán.

-Bien, amigo mío, ¿que nos traes ahí?
Ibrahim se inclinó respetuosamente.
-Algo que ha traído el jinete del correo de Andronópolis. León del Islam. Aparentemente, se trata de un regalo enviado por esos perros austriacos. Los Infieles, me ha parecido entender, lo entregaron a los guardias fronterizos para que lo trajeran a Estambul a toda prisa.
-Ábrelo -ordenó Solimán, intrigado. El eunuco se postró en tierra, y empezó a romper los sellos que cerraban el paquete. Un esclavo letrado desplegó el pergamino que lo acompañaba y empezó a leer el contenido del mensaje, escrito con mano firme y claramente femenina:



> Al sultán Solimán y a su Gran visir, Ibrahim, así como a Roxelana, la gata: Nosotros, los abajo firmantes, enviamos este presente como testimonio de nuestro incomensurable afecto y nuestra sincera atención.
>
> Sonya de Rogatino, Gottfried von Kalmbach.

Solimán, que se había sobresaltado al oír el nombre de su favorita, con el furor ensombreciendo y convulsionando bruscamente su rostro, emitió un grito estrangulado que fue repetido, como un eco, por Ibrahim.

El eunuco había arrancado los sellos del cofre, dejando ver lo que contenía. Un olor acre de hierbas y especias conservadoras llenó el aire. El objeto, cayendo de las manos del horrorizado eunuco, cayó sobre los montones de presentes hasta los pies de Solimán, contrastando terriblemente con las joyas, el oro y las piezas de terciopelo. El sultán lo miraba fijamente. En aquel instante, todo el esplendor de aquella fastuosa mentira se escapó de sus manos. Su gloria se transformó en burla y ceniza. Rojo de rabia, Ibrahim se arrancaba la barba, jadeante y sofocado. A los pies del sultán, con las facciones fijas con un rictus de horror, yacía la cabeza cortada de Mikhal Ogiu, el Buitre del Gran Turco.

TURQUIA
NO ES EUROPA

MOVIMIENTO SOCIAL
REPUBLICANO

"Este es el país de los turcos. El que no sea de origen turco sólo tiene un derecho: ¡El derecho de ser un esclavo!"
Mehemet Esat. Antiguo Ministro de Cultura turco.

"Los minaretes son nuestra bayonetas, las cúpulas nuestra corazas; las mezquitas nuestros cuarteles, y los creyentes nuestros soldados"
Recep. Y. Erdogan. Primer ministro turco (procesado por incitación al odio religioso)

MSR
Movimiento Social Republicano
www.es-msr.es

SIGLO XX

LA POSTURA DEL MSR ANTE TURQUIA

Denunciamos la anómala situación por la que la región de Tracia y la ciudad actualmente conocida como Estambul, permanezcan bajo soberanía del estado asiático de Turquía. Fruto de una incompleta configuración del mapa de la zona después de las Guerras Balcánicas y la Primera Guerra Mundial, reivindicamos el derecho de Europa a recuperar la soberanía sobre ese territorio.

* Denunciamos la ocupación militar del norte de la isla de Chipre por parte del ejército turco y la ilegal creación de la llamada República Turca del Norte de Chipre, exigimos que, mientras esta situación de ilegalidad internacional no se rectifique, la UE rompa cualquier relación política y comercial con Turquía, y le exija, por todos los medios necesarios, que se retire de la parte de su territorio que mantiene invadida. De acuerdo con la mayoría de la población greco-chipriota reivindicamos que la mencionada isla pase a formar parte integrante del Estado heleno (Enosis)

Ponencia sobre Europa



HOY COMO AYER, CONTRA LA AMENAZA TURCA; EUROPA

Comunicado del MSR
Jueves 31 de Mayo de 2007
Número NP00019/07

El MSR apuesta firmemente por el patriotismo europeo, entendiendo éste como un proyecto de futuro para que los pueblos del viejo continente recuperen su dignidad bajo una misma bandera.

No obstante, el que quiere avanzar y conquistar los tiempos venideros debe conocer la historia de su tierra, comprender su pasado y honrar la memoria de los héroes que murieron por defender los valores de Europa.

Hoy tenemos que mirar atrás, recordando a esos mártires que cayeron en Constantinopla resistiendo el ataque de los invasores otomanos. Guerreros llegados de toda Europa, leales al Emperador - soldado Constantino XI, dejaron sus vidas en la defensa de Bizancio. Frente a ellos, una ingente cantidad de mercenarios turcos que bajo el pretexto de la guerra santa querían saquear y destruir la ciudad que mejor representaba la cultura clásica grecorromana.

Un 29 de junio de 1453, el Emperador moría espada en mano defendiendo la muralla de occidente. Un líder comprometido con su pueblo y su tierra; un ejemplo para Europa. Hoy, cientos de años después, los que nos gobiernan han olvidado las gestas heroicas de nuestros antepasados, y apuestan por una integración contra-natura de Turquía en el proyecto político europeo.

Sólo ellos creen en la alianza de civilizaciones; con bolsillos llenos de dinero e ideas corrompidas por el multiculturalismo, la oligarquía dirigente nos lleva hacia una nueva derrota de Europa.

El Movimiento Social Republicano se opone frontalmente a la entrada de Turquía en la U.E; un país que puede servir de puerta de entrada al islamismo más visceral, geográficamente asiático, un país que no garantiza los más mínimos derechos humanos, un país que ha agredido continuamente a las naciones europeas y que mantiene la ocupación del norte de Chipre, definitivamente NO PUEDE SER EUROPEO.

Hoy como ayer, contra la amenaza turca: EUROPA

¡Sigue la llama!

Fdo: Secretaría de Comunicación MSR

Europa - Socialización - República
MOVIMIENTO SOCIAL REPUBLICANO
http://www.msr.org.es/



